Kavanagh

Esther Cross

CLUBCINCO

Kavanagh

Esther Cross

Kavanagh

CLUB**CINCO**

Cross, Esther
Kavanagh / Esther Cross. - 1a ed . - Remedios de Escalada : Clubcinco editores, 2018.
Libro digital, EPUB

Archivo
Digital:
descarga
ISBN
978-987-46852-1-6

1. Cuentos. I. Título.
CDD A863

Editores: Virginia Gallardo, Yair Magrino, Edgardo Scott
Diseño de cubierta e interiores: Tobías Wainhaus

1a reedición en Argentina

© Esther Cross, 2018
© Del prólogo, Guillermo Martínez 2018
© De la presente edición, Clubcinco, 2018

Garay 150, 13 B (1826)
Remedios de Escalada,
Lanús, Pcia. de Buenos
Aires email:
club5editores@gmail.com

ISBN: 978-987-46852-1-6

Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra, sin permiso escrito de la editorial.
Todos los derechos reservados.

Prólogo

Entre las muchas posibilidades binarias para dividir los libros de cuentos, quizá la más inmediata es la dicotomía diverso-conexo: por un lado la de aquellos libros con relatos de temas, registros y ámbitos muy distintos entre sí, y que no tienen esperanza ni voluntad de amalgamarse y, por otro lado, los libros como *Kavanagh*, con una inspiración casi arquitectónica, como desliza Esther Cross en la nota final, citando a Richard Yates. Y bien: si es cierto que una historia “es una casa, con cimientos, ventanas y todo”, en esta colección Esther Cross realiza la doble acrobacia de levantar con su multiplicidad de historias y ventanas todo un rascacielos, también *imaginado*, a la par del real, como un fantasma próximo y querido que comparece hacia lo altísimo cada vez que se mira desde una vereda de infancia.

Esa intención de un cosmos único, que Cross repite en su libro posterior *Tres hermanos*, logra que la suma sea mucho más que la reunión de las partes, porque permite intuir pasajes delicados entre relato y relato a través de encuentros fortuitos en el ascensor, vistazos a la correspondencia de los vecinos, y presunciones sobre la vida de los otros, ya sea en las reuniones de consorcio, o en un sinfín de botellas echadas al incinerador.

Las historias que se cuentan en *Kavanagh* no se apoyan en el punto de palanca decisivo en que una vida puede quebrarse o torcerse para siempre: son más bien contemplaciones, iluminaciones progresivas de la escritorapersonaje sobre esos semejantes que tiene tan cerca, que pisan igual que ella la alfombra mullida del túnel hacia el Hotel Plaza como “una patria blanda y buena”, pero que se revelan sin embargo, de a poco, bajo examen, en toda la extrañeza y arbitrariedad de lo humano. “Todo cambiaba con una lentitud extrema, pero el día en que el cambio se cumplía te encontrabas con una realidad que era como un golpe.”

En algún momento intermedio entre las páginas, ni al principio ni al final, ni en el sótano ni en la terraza, sino con el sigilo a medias oculto de una entrada de servicio, la escritora-vigía gira sobre sí misma el

catalejo y deja ironías restallantes en un bosquejo de su paso por los mundillos culturales: “Al tiempo formé parte de un club de lectores. Pero nunca conocí a los otros socios”. “El corazón tiene razones que son una verdadera estupidez”. Pero también, suavemente, algunas definiciones literarias: “Escribir es soñar a propósito”. “En la isla del tesoro, el tesoro es la isla”. Y por último: “Los lectores son personas de acción que creen en la actividad de las palabras”.

No hace falta decir más: los lectores que se sientan personas de acción pueden subir ya mismo por escaleras, ventanas y cornisas para competir a fondo blanco con los temibles bebedores Wilkinson, discutir con el Príncipe Olensky sus teorías de la traducción, compartir la claustrofobia del señor Paso en el ascensor, o asomarse al vértigo de los últimos pisos para presenciar una filmación. El edificio está hecho de materiales nobles y resistentes y la “actividad de las palabras” tiene la larga vida murmurante de la inteligencia y la elegancia.

Guillermo Martínez

Kavanagh

Sólo hemos trepado a una torre imaginaria. Podemos dejar de imaginar. Podemos bajar. El poeta es un habitante de dos mundos: uno que muere y otro que lucha por nacer.

Virginia Woolf, La torre inclinada

Anteojos negros

El día más importante de mi vida fue el martes en que me mudé aquí. Entre sogas, papeles y canastos, ejercía un comando relativo en el cambio de nuestra casa a este departamento. Sentada en el piso, fumando un cigarrillo, trataba de entenderme con los hombres de la mudadora, que entraban y salían a mil revoluciones para moverse después como astronautas demorados por el peso de los muebles. Comí un sándwich y me dolía la cabeza, y me dolía la cabeza y no había aspirina que alcanzara. Estoy segura de que había tenido un disgusto aunque no recuerdo cuál.

Mi hermana se movía mejor que yo en el desembarque, igual que en nuestros viajes: tiraba las valijas en la cama del hotel y tomaba la calle por asalto porque yo, me decía, acaparaba los problemas. Dónde meter tantos libros. Qué hacer con esa silla. Los muebles parecían más viejos, grandes y pesados. Las cortinas llegaban, como habíamos calculado –qué bien– hasta el piso, con un amplio margen de error –no tan bien– porque seguían de largo y había que acortarlas. Los de la mudadora dijeron que la baulera ya estaba repleta y aceptaron llevarse parte de las cosas directo al Cottolengo.

Además de la cabeza, me dolía la verdad, que se ubica en todos lados: al comprar este departamento nos habíamos equivocado. Eso pensé, así en plural, mientras hojeaba la liquidación de las expensas. En el bolsillo tenía la propina para los peones de la mudadora y ya había separado también lo que iba a darle al portero. Pero a mi hermana estos detalles no le preocupaban. Mientras yo me preguntaba por espacios y funciones, ella hacía su inspección.

–Mirá –y señalaba un detalle que no habíamos visto al cerrar la operación de compra.

Abría puertas de cuartos, placards, baños y alacenas y las dejaba abiertas en perspectiva, con esa displicencia típica de ella. Aunque me molestaba ser la única responsable de las dos, la verdad es que también agradecía su presencia leve y veloz entre las cosas. La valoré en profundidad a destiempo, muchos años después, cuando me dijo

que se iba. Igual, tuvo su lado positivo. Iba a quedarme aquí. Lo compensaba todo.

–Es hora de que cada una siga su camino –me dijo al pasar, antes de tomar el suyo. Yo estaba leyendo, me hundí en el sillón y le dije que quería quedarme. No opuso resistencia. Una vez claro mi lugar en la vida, me levanté y nos miramos sin decir una palabra.

Como hacen todos cuando están cerca de una ventana en un momento crucial, yo me asomé a la mía. Vi la plaza. Y deduje por la ropa de la gente que ese día hacía frío. Había una pareja que miraba para arriba, el hombre señalaba las ventanas del edificio. Mi hermana le hablaba a mi perro, le decía “va a estar todo bien, voy a venir seguido a visitarte”. Me ofrecí a ayudarla con el lío de la mudanza. Aceptó de inmediato. Días después, cuando se iba – y ya estaba deseando que se fuera porque embalar sus cosas me dejó de cama–, un chiste, por lo menos uno, tenía que hacerme, así que antes de cerrar la puerta, me miró y dijo:

–Voy a extrañar el búnker.

Cuando nos mudamos al búnker, un túnel llevaba directo al Grill del Plaza.

Nos gustaba cruzarlo, pisar la alfombra mullida del hotel –una patria blanda y buena– pasar entre las mesas con comensales importantes y apurar el paso hasta ganar la calle. Después lo clausuraron y franquearon la entrada con una maqueta del edificio.

Nuestro plan original era mudarnos a un barrio sin gloria, a un departamento modesto pero digno, y no a un rascacielos que ya citaban en los libros de arquitectura. Pero cuando la señora Roemmers Campolonga, nuestra promotora inmobiliaria –nunca habíamos tenido una–, nos habló de la oportunidad única en la vida, de este edificio pensado como una auténtica máquina para vivir y, lo que era más, para vivir sin pisar la calle, no tuvimos que mirarnos para decir que sí al mismo tiempo. A pesar de las circunstancias, seguíamos teniendo altas aspiraciones y esta era una. El edificio de hormigón y sus pisos y más pisos. Con un observatorio en la azotea. Un hall de entrada grande como para dar una fiesta. Un teléfono interno y directo a la operadora. Hubo una que se llamaba Nancy. Y otra que respondía al nombre de Perla.

Nancy, Perla y todas las demás tenían brazos de pulpo y hacían malabares con los cables. Después oías el clic, y una voz preguntaba, con calidez impersonal, en qué podía servirte –cuando recién nos mudamos–, en qué podía ayudarte –a los diez años–, qué deseabas –al poco tiempo–, y no mucho después, cuando mi hermana se fue,

solamente esto: ¿si? Cigarrillos de tal marca. Un remedio. Una botella de agua. Que le avisen al diariero. Tus deseos eran órdenes. Y tus órdenes, deseos. Al principio llamaba todo el tiempo, más tarde cada tanto y después nunca.

El martes en que nos mudamos al búnker, dejamos la casa familiar y subimos a un taxi.

–Siga a ese camión de mudanzas –le dije al taxista, y mi vida dio un giro copernicano. Todo gira alrededor de la casa de una y nosotras cambiábamos un sol grande, solamente nuestro y un poco venido a menos, por otro moderno, imponente y habitado por decenas de personas en todos los pisos. Mientras los de la mudadora bajaban las cosas en la calle, nosotras subimos por el ascensor y encontramos el departamento que habíamos comprado ya sin muebles, con la marca de los cuadros que se habían llevado en las paredes, y una toalla y un jabón Lux que la dueña anterior nos había dejado en el baño, como una atención. Al rato llegó Paredes, el portero, a presentar credenciales, y después sonó el timbre de la puerta de servicio. Mientras llegaban los primeros canastos, me asomé a mi ventana discreta para ver la película de la calle en *technicolor*. La vida estaba en foco.

Para mi hermana fue distinto. Al rato de llegar, dijo que estaba aburrida y se fue saludando desde la puerta, con un gesto que invitaba al aplauso. Volvió a la noche, bastante tarde. Se quedó tirada en el sillón, pensativa, mirando el techo. No le pregunté qué le pasaba porque no tenía ganas de saber qué le pasaba y además estaba cansada. Me había dejado a cargo de desembalar todo.

–Por mí, podemos hacerlo mañana. ¿Cuál es el apuro? –me preguntaba mientras metía mano en los canastos para encontrar los vasos.

Cuando mi hermana se fue, las expensas, que antes compartíamos, con centavos y fracciones, se convirtieron en un número redondo e indivisible. Me consolaba mirando por la ventana, como siempre. La panorámica del puerto, la marcha estable de la plaza, los autos de colores y la estación de tren me ayudaban a convencerme de que el sacrificio valía la pena. Una vez vi a una mujer que, apostada frente a un atril, centraba mi edificio en el eje de un pincel. Y cada tanto una persona se paraba en medio de la plaza para mirar hacia arriba, casi a punto de caer de espaldas. Puertas adentro, con el codo apoyado en la cómoda que estaba en un rincón incómodo, yo estudiaba las cosas que quedaban y podía vender en un remate. Puse de moda el vacío entre los muebles, una decoración honesta y

austera. Apenas quedó lo estrictamente indispensable, apoyado contra las paredes, y nada en el medio. Una persona ciega podía moverse aquí, decía mi hermana, sin temor a darse un golpe. Se había quedado con un juego de llaves aunque siempre, al visitarme, tocaba el timbre. Y me había cedido su parte de una modesta pensión que nos habían legado en herencia para darme una mano –decía, sonriente– a la hora de costear las expensas. Fue un gesto generoso de su parte aunque fue solamente un gesto.

El día en que llegamos, hicimos un juego con las paredes. Mi hermana golpeaba con el puño en un cuarto y en el de al lado yo, aunque sabía que ella estaba golpeando, no oía nada. Mi hermana decía que las paredes eran tan gruesas que podíamos construir un cuarto extra con un poco de ingenio. Sólo teníamos que afinarlas de cada lado, decía, parada en el pasillo, con los brazos estirados, mientras señalaba –derecha, izquierda– con la cabeza. Mi hermana ponía música a todo volumen. La música estaba tan fuerte que no me oía entrar, así que siempre la pescaba en medio de un paso de baile exagerado. No le daba vergüenza.

Mi primera semana en el edificio, mientras mi hermana llamaba a todo el mundo por teléfono, yo miraba la calle desde la ventana, con el vidrio empañado por la calefacción, y flotaba tranquila a pocos metros de esos ruidos. Hacía la plancha en un silencio de iglesia. Recuerdo la primera vez que abrí la ventana, por el impacto: fue demasiado para mí. Los ruidos de la calle sonaban a todo volumen, en una banda de sonido perfecta. Me gustó y sentí un mareo de vértigo. Después se me dio por abrir y cerrar la ventana como quien cambia de canal.

Desde un búnker puede verse todo. Hasta las personas que te miran. Cuando dejaba mi puesto frente a la máquina de escribir, me bastaba con abrir la ventana para regalarme un recreo. Veía algunos provincianos que se rascaban la cabeza mirando la entrada del edificio. Alguna vez, con medio cuerpo detrás de la cortina, tiré un proyectil de uva pasada que nunca dio en el blanco. Desde la plaza llegaban los fogonazos del fotógrafo, que hacía sonreír a las familias en la escalera. Y si en la calle había un accidente yo podía verlo desde arriba, desde mi palco preferencial, sin que los otros curiosos me empujaran atrás o al frente. El aire de la ciudad llegaba volando hasta mi cabeza y tenía un efecto bueno y generoso, que disipaba la resaca de las noches de insomnio y le restaba importancia a los problemas. Con mi vaso de Alka Seltzer en la mano, abría la ventana, y el aire viciado de la casa salía afuera como una maldición veloz, irreversible. También me gustaba esperar en la ventana, con la radio prendida a mis espaldas, y oír la voz del locutor que pasaba las noticias –siempre

duras– mientras veía la calle en funciones como siempre: el vendedor de café, el afilador, un grupo de alumnos que tenían que estar en el colegio, y parejas abrazadas que desde arriba parecían felices.

Al tiempo de irse, mi hermana respetaba dos visitas semanales. A veces me asomaba para verla llegar por la plaza. Me gustaba quedarme en casa aunque ella trataba de convencerme para que saliera. Le decía que estar aquí, caminando en el interior de un edificio tan alto, era una especie de milagro, como vivir en un avión enorme y lento.

El día en que mi hermana se fue después de decir la palabra búnker, pensé «No voy a poder acostumbrarme».

Pero al tiempo me acostumbré a decir eso todos los días. Cuando se fue, me di cuenta de que verla caminar por la casa, apagar las luces que dejaba prendidas, cerrar las canillas de la bañadera que rebalsaba mientras ella oía música, era un trabajo secreto, menor pero exhaustivo. En poco tiempo encontré una ocupación para llenar el tiempo que había dejado vacante. Así me enteré de que había más cosas en el mundo que las que pasaban, o no, entre las paredes de mi departamento. Dicen que un rascacielos es un barrio en altura, y es cierto.

Paredes, el portero, sabía de memoria los secretos del consorcio. Estaba al tanto de cada movimiento y repartía comentarios con la misma discreción con que entregaba la correspondencia. Supe de la existencia de algunos vecinos – los Sosland y los Paso, los Wilkinson, el doctor D'Alessandro y el príncipe Olenski– antes de conocerlos. Paredes era tan observador que hasta podía anticipar lo que iba a pasarle a algunos. Lo comprobé el día en que mi hermana se fue, cuando nos ayudó a cargar sus cosas en un flete, y no se privó de negar con la cabeza, en un gesto que además de incomodarme, fue un consuelo.

Mi hermana venía y se iba con paquetes y noticias que salían con ella a la calle en cuanto cerraba, rápida, la puerta. Una vez le vi una mancha morada alrededor de un ojo. Y hablamos de mesas de luz. Otra, llegó con una bolsa del almacén colgando del yeso que cubría su muñeca. Y hablamos de accidentes. Un sábado me pidió que la invitara a dormir pero después no aceptó la invitación. Se compró unos anteojos negros, grandes y cuadrados–el día en que se los olvidó en la Queen Bess fue todo un disgusto y cuando Orson, mi perro, les rompió las patillas no me habló por dos días–. Yo me asomaba a la ventana, como siempre, y le daba la espalda para no incomodarla con esa pregunta que brillaba postergada entre las dos.

Pero una tarde, mientras mi hermana estaba callada a mis espaldas, abrí la ventana y tuve que cerrarla porque oí perfectamente como alguien gritaba «Acción».

La luz de los focos que venía de la calle me forzó a distinguir, pisos abajo, una horda de extras que corrían en la noche americana. Hacían un ruido infernal. No lo pensé dos veces. Será por eso que desoí las súplicas de mi hermana y que bajé, con perro y todo, a quejarme.

Salimos medio mal porque nos tomaron por sorpresa. Se nota que debajo del tapado azul tenía puesto el pijama. Que Orson estaba excedido de peso. Que la correa colgaba floja entre los dos. Fui con mi hermana al estreno. Me habían invitado a modo de compensación por los inconvenientes que había provocado el rodaje. Fue una noche inolvidable. Para mí y para mi hermana, por razones opuestas.

Mi hermana hizo correr la voz de mi aparición involuntaria en esa película de pistoleros porteños. Me negué a atender el teléfono y darle el gusto a algunos conocidos que no veía hacía tiempo y se empeñaban en felicitarme por algo de lo que más bien me avergonzaba. Aunque era mala, la película fue un éxito. Y la gente que nos conocía disfrutaba al descubrirme en la escena de exteriores–gracias a las precisiones de mi hermana. La escena era un poco absurda, y mi cara de sorpresa no desentonaba, después de todo, en ese tiroteo de cebitas. Tiempo después, empezaron a solicitar permiso para filmar durante varios días y hubo un vecino que alquiló parte de su departamento a la producción de una película. Mi hermana estaba segura de que esa podía ser la respuesta a mis problemas financieros –el departamento puede solventarse solo, decía–, pero no me dejé convencer. Después vinieron las tomas desde la plaza para tener un buen paneo general del edificio, que acto seguido enfocaban en primer plano, primerísimo primer plano y adentro. Desde arriba se veía la plaza tomada en campaña, con camiones y carpas y un ejército vestido de civil. A mi hermana le gustaba, a lo mejor porque ya no vivía acá, o porque se empeñaba en llevarme la contra.

–¿La contra en qué? –me preguntaba mientras revisaba los roperos–. El aire es de todos –agregaba, sonriente, para refutarme. Ya no tenía marcas en la cara pero le habían salido arrugas.

Ese fue el momento en que mi vida dio un giro dentro del giro que había dado al mudarme. El momento en que ya no podía disfrutar tranquila la vista de la plaza. El momento en que mi hermana empezó a visitarme cada vez más seguido, cada vez mejor vestida, para mirar por la ventana apostada a mi lado, apoyando el peso leve de su cuerpo contra el mío. No se puede vivir así, pensaba yo. Para mi

hermana la cosa era diferente. No se privaba de saludar a la posteridad cada vez que abajo un loco gritaba acción y los camarógrafos apuntaban sin piedad a mi edificio. El hecho de que mi edificio se hubiera convertido en blanco de las cámaras le divertía muchísimo.

Filmaron una publicidad de cigarrillos, una comedia de enredos, un documental, una de esas películas que pasan cuando los aviones aterrizan para mostrarle a los viajeros a dónde están llegando, escenas de la calle que siempre se cerraban con una toma rápida en picada. Al tiempo, un periodista se apostó, micrófono en mano, en la puerta, esperando la llegada de un vecino de prosapia, que acusaban de haber hecho cosas terribles. Cada vez que el periodista daba parte de su ronda –adelante, estudios– mientras se subía las solapas del abrigo, yo veía mi edificio en la pantalla, mi ventana entre todas las ventanas de la torre, la fachada arruinada por los equipos de aire acondicionado que algunos vecinos empotraron en la pared cuando falló el sistema de ventilación central. Mi hermana me llamaba por teléfono para avisarme, exultante, que prendiera la televisión. Una cosa trae la otra y un día, una actriz venida a menos posó en la entrada del edificio, con Paredes a un costado, vestido de almirante, sombrilla en mano. Le mostré a mi hermana la revista que me había robado de la sala de espera del médico. Le di una palmada seca a la hoja y señalé el renglón en que decían que esta mujer vivía en nuestra casa.

–Mentira –dije.

No me llevó el apunte. Y también me ignoró cuando le hablé de los nuevos vecinos del piso de arriba, que no me dejaban dormir con los ruidos de la obra.

–¿Por qué, de todos los edificios de la ciudad, tuvieron que elegir este? ¿Cómo llegaron hasta aquí?–me pregunté en voz alta, hablando sola frente a mi hermana.

–Como nosotras –dijo.

Cuando llegaron los primeros micros, con permiso especial para estacionar en la plaza, temí lo peor, y no me equivoqué. La vista de mi ventana se pobló de turistas que miran hacia arriba y cargan bolsas con recuerdos comprados en las tiendas de la calle Florida. Un día pasamos con mi perro al lado de una guía de turismo que hablaba de mi edificio histórico.

–Un monumento nacional –le explicaba en inglés a un grupo de personas que se sacaban fotos entre ellas. Me sentí igual que una momia en el British Museum.

Sé que en fotos de guías y revistas, en escenas urbanas que abren el corazón de la ciudad a las personas, está mi ventana y, ampliación de por medio, la imagen de una mujer que fuma y fuma, con una cara demasiado parecida a la mía. Yo no me dejo acobardar. Sigo insistiendo. Y desde entonces me asomo a mirar con mis anteojos negros.

Los Wilkinson

Los Wilkinson siempre tomaban una copa al atardecer. En rigor de verdad, los Wilkinson siempre tomaban una copa –o dos, o tres o varias–, a cualquier hora, en cualquier parte. Durante los buenos tiempos, habían viajado mucho. No es que hicieran largos viajes. Pero habían viajado muchísimo y decenas de fotografías ilustraban la sala de su departamento. Wilkinson y señora en una playa de Hawai; camisas coloridas, ukelele y hula-hula. Un batido de ron con una sombrillita de papel, él. Con una flor origami, ella. Los Wilkinson en la *terrasse* de un café. Dos aceitunas chicas, verdes, en el dry martini frío que comparten, sonrientes, en Las Vegas. Los Wilkinson en medio de un campo de golf, cada cual con su petaca y cara poco deportiva. Los Wilkinson en Viena, chop a cuestas. Venecia, viva el chianti. El sake allá en Hong Kong. Los Wilkinson boca arriba, apuntando a la lluvia de una bota española. Los Wilkinson en México. Sombreros de mariachi y caras de pescado. Los Wilkinson en las poltronas blancas del Copacabana Palace, reino de la caipirinha. Turbante de ananá a la Miranda para ella. Un panamá fuera de lugar en la cabeza de él. Y así por todos lados. Polonia, entonces vodka. Berlín y liebfraumilch. Escocia bienamada. Irlanda bienvenida. Pero si hubiera que fijar un instante, más repetido que los otros, como esos gestos que, después de algunos años, imprimen una arruga, ahí tendríamos a los Wilkinson, siempre sentados, cada uno con su copa, cerca de la ventana que se abría, panorámica, a la plaza San Martín, con el auspicio de las campanas que tocaban las siete de la tarde en la Torre de los Ingleses.

Hubiera sido la foto en rayos X de la pareja. Una de esas fotos que un fotógrafo aficionado no se hubiera perdido. Yo, por ejemplo. Lástima que esa foto era imposible. Los Wilkinson tomaban ese trago y siempre estaban solos. Así que nada de fotógrafo en el medio. Pero hubiera sido la foto perfecta, irreemplazable aún por la suma de todas las otras. Clic. Al álbum que no existe.

Zulema Wilkinson usaba, como casi todas las dipsomaníacas de la era Susan Hayward, un vestido negro, de esos más bien simples, de

modista. Simplicidad solo aparente, ya que entre la seriedad opaca de su exterior y el forro de satén había una red de costuras y puntadas milimétricas porque nada da tanto trabajo como la sobriedad.

Hyram Wilkinson tenía una camisa azul con bolsillos de cazador y estaba bastante cansado de la vida.

Los Wilkinson tomaban cualquier cosa. La cosa era tomar. Se habían conocido, rondando los cuarenta, en la barra gastada de un bar. Celebraron la discreta boda con brindis y más brindis. Tomaban cuando discutían y en la reconciliación. Tomaban al mismo tiempo –es decir siempre–, aún cuando Hyram viajaba para visitar a sus parientes y se hablaban por teléfono.

–¿Qué tomás, Zulema?

–Un manhattan, Hyram.

–¿Qué estás tomando, Hyram?

–Un Jack Daniels, Zulema. Salud.

También tomaban cuando se entregaban a eufóricas discusiones sobre temas que los dos consideraban indudablemente apasionantes. Tomaban para olvidar y para recordar lo que habían olvidado por descuido. Cuando las cosas empezaron a ponerse difíciles, siguieron siendo grandes bebedores. Primero, para darse valor. Al tiempo para ahogar las penas. Algunas tardes porque ya no quedaba otra cosa que hacer. Otras, porque las dedicaban a mirar fotos para avivar una memoria común, que se agotaba sin remedio. Todas las noches antes, durante y después de la comida. Cuando las cosas también se pusieron mal entre ellos, tomaban con tal de no dirigirse la palabra. Y también tomaban por separado, uno en la cocina, la otra en el escritorio o el baño, mientras practicaban esa manera un poco triste de orbitar la secuencia de la noche que se llama insomnio. Todo daba para tomar.

Los Wilkinson eran una pareja sólida. Quiero decir: se llevaban bastante mal y estaban llenos de problemas. Una pareja estable, como dicen, de esas que juegan al bridge o al tenis para acercarse cuando todo se complica. Los Wilkinson no jugaban ni al bridge ni al tenis –ocupaciones demasiado caras para ellos– pero bebían y últimamente casi no hacían el amor porque, como bien dijo Shakespeare, el alcohol aumenta el deseo y disminuye la performance. Pero eran una familia. Las familias se forman, con hijos o sin ellos, entre personas o personas y animales –y a veces entre personas y objetos–, y ya no hay nada que hacer. Puede formarse un diamante, un iceberg o una zona de necrosis, pero es una formación así que cualquier cambio se

vive como una monstruosidad. Los Wilkinson eran, entonces, una de esas familias que uno califica de estables con ambigüedad, de ésas que habían compartido, sin garantía de éxito, duros momentos, siempre juntos. El 23 de febrero de 1946, Zulema recibió el siguiente telegrama:

Madre muerta. Stop. Stop. Stop. Padre vivo.

La hoja con el mensaje no tembló entre sus manos. Un telegrama es un telegrama. Se lee lo que está escrito, sobre todo cuando dicta noticias como esta. Los telegramas se dejan caer, se tiran, se guardan, se pasan, se responden, o no, casi en el mismo momento en que fueron abiertos. Peor para el que escucha, porque algo propio de los telegramas es que exigen ser leídos en voz alta. Zulema miró a Hyram, y le dijo:

–Madre muerta. Stop. Stop. Stop. Padre vivo. Y Hyram entendió. Entonces hablaron. Así:

–Fondo blanco.

–Fondo blanco, Hyram.

Yo vivía en el mismo piso, puerta de servicio de por medio. Todas las mañanas, cuando sacaba a pasear a Orson, veía la montaña de botellas modeladas con formas increíbles. Licores en enormes tubos de ensayo y botellas para tirar mensajes al mar desde el naufragio. Vinos con nombres impactantes. Barrilitos de cerveza. Orson olisqueaba la montaña transparente con su trompa de trompada en el hocico. Yo le chistaba y seguíamos. Un día me enteré de que en una reunión de consorcio les preguntaron por qué no tiraban las botellas por el incinerador.

–Ustedes lo quisieron –dijo Hyram.

–Nosotros lo sentimos tanto –aseguró Zulema. Caminando como patos, alcanzaron la puerta del ascensor.

El resultado se hizo oír durante cuatro noches. Lo que fue eso. Las botellas bajaban al sótano y golpeaban las paredes del túnel y el ruido rebotaba como una voz por su garganta. Una voz que no desafinaba. A veces tiraban dos juntas. No sé si les presentaron una queja o si fue una iniciativa de ellos. Pero después del cuarto día, dejaron de hacerlo.

Todos los sábados, iban a una tienda, aquí, a la vuelta. Zulema Wilkinson, como quien se acuerda de algo, se detenía y miraba para los costados. Siempre en la misma esquina. Respiraba como un ciervo. Hyram Wilkinson la sostenía del brazo y se secaba la frente con un pañuelo, siempre, también en invierno. Muchas veces me

pregunté si transpiraba por vergüenza, por cansancio, o por las dos cosas juntas. Una noche tuve que subir con ellos al ascensor. A Zulema Wilkinson se le había ido la mano. Para empezar, se la agarró con Orson. Ay, qué cara, decía, contorsionando la suya como una chica tentada en medio de una ceremonia. En el segundo piso preguntó, en un dialecto entre vascuence y flamenco, qué haríamos en caso de quedar atrapados en el ascensor. Con toda sinceridad, le dije que me moriría. Zulema Wilkinson me miró de arriba abajo y me dijo:

–Usted es muy poco práctica, ¿no es cierto?

Del cuarto al quinto desplegó otras opiniones y conductas que por respeto me abstengo de contar. Cuando finalmente llegamos al séptimo y Hyram abrió, veloz y galante, la puerta del ascensor, Zulema se fue de cara al piso y era difícil saber si se reía a carcajadas o estaba agonizando con pompa de elefante. Hyram se inclinó, la levantó del brazo, y dijo:

–Creo que todos necesitamos un trago. Menos el perro.

Me fui derechito y callada a mi departamento. Estaba tan apurada por entrar que me dejé la bolsa con las compras afuera, en el pasillo. Cuando abrí la puerta para recuperarla, vi un zapato de mujer en el piso. Seguro que era de Zulema. Era chico y más ancho de lo que hubiera calculado y el taco estaba gastado del lado de afuera. Ahora, o bien había seguido hasta su puerta con un zapato puesto, o Hyram la había alzado y llevado a casa, con el pañuelo en una de las manos para secarse la frente en cuanto la recostara en un sillón. Y en la acrobacia se le había caído el zapato y no se dieron cuenta. Cenicienta Wilkinson, descubrí esa noche, sabía lo que era bueno. En el zapato vi el óvalo plateado, como un espejito, típico de Jackie, la zapatería a medida. Orson estornudaba desde la puerta y yo le di el zapato, que con el tiempo se convirtió en su juguete preferido. Esa noche me costó dormir pero hice el trabajo necesario y entonces pude, como siempre.

A la mañana siguiente, me desperté por culpa de unos golpes en la puerta. Eso era una mala señal, considerando que mi casa tiene un timbre. Pero las sorpresas desagradables golpean la puerta y al diablo con el timbre. Orson ladró. Abrí, sin preguntar y vi, parado ahí, el traje anguloso a rayas, las manos a los costados, a un hombre bastante alto y gordo que me preguntó:

–¿Están los señores?

Orson y yo ladeamos la cabeza al mismo tiempo.

–Dígale a los señores que está su sobrino.

–Creo que se equivoca de departamento –dije.

–Lo de Wilkinson –dijo, mirando a Orson con desprecio.

–Allá –le señalé la puerta.

Me agradeció levantando, apenas, el sombrero, para volver a ajustarlo en su lugar. Dio media vuelta y caminó hasta lo de Wilkinson. Algo olía muy mal en el pasillo. El hombre golpeó la puerta de los Wilkinson, a pesar de que ellos también tenían timbre. Dijo, en voz alta, tíos. Después dijo el nombre Zulema y pronunció muy mal el nombre Hyram. La puerta se entornó. El hombre estaba adentro.

No pude volver a dormirme. En el departamento de Zulema y Hyram Wilkinson estaba pasando algo. Algo que podía oírse muy bien. Primero risas, después un grito, después el ruido de algo chocando contra algo. Por último, un portazo. Cuando oí que se cerraban las puertas del ascensor, llegué hasta su puerta, con Orson y todo. Yo sí que toqué el timbre.

Zulema abrió, vestida de entrecasa, con una bata. Tenía una redecilla en el pelo. Oí las campanadas del Santísimo. Era una mañana de domingo.

Los ojos de Zulema estaban todos inyectados, esta vez por la narcosis del disgusto. Se cerraba la bata y me sonreía.

–¿Está todo bien? –quise saber.

Oí la voz de Hyram, que llegaba desde el fondo.

–¿Quién es, querida?

–La chica del perro, Hyram.

–¿Con hielo, Zulema?

–Por supuesto.

Me quedé ahí parada, como una idiota, a la espera de algo. Con la idea peregrina de que algo tenía que pasar. Y algo pasó.

–Perdón por lo del otro día –dijo Zulema Wilkinson. Negué, con la cabeza y, ya que estaba, le pedí que me prestara un poco de azúcar. ¿Para hacerla sentir bien porque así me daba algo y le aliviaba la culpa? ¿Para cambiar veloz y mágica de tema? ¿Para poder entrar y echarle un vistazo al departamento? ¿Por qué lo hice? Porque no tenía azúcar, por supuesto.

Los Wilkinson tampoco pero quisieron reemplazarla, si era para el café, con no sé qué filtro elaborado con Cointreau y con whisky. Yo dije no. Ellos tomaron el primer trago al mismo tiempo. Habíamos pasado a la cocina y nos sentamos como amigos a compartir el

momento. Sobre la mesa cubierta con un mantel impermeable lleno de flores, vi la billetera abierta de Hyram y la cartera, también abierta, de Zulema. Una libreta de ahorros al lado. Ese sobrino era un verdadero desgraciado.

Pero no hablamos de eso y por ser franca no hablamos sobre nada. Yo miraba lo que pasaba entre ellos. El vaso a la boca. Medio segundo de solemnidad. La sonrisa planetaria. Y otro trago. Cada tanto, alguno de los dos, negaba, melancólico, con la cabeza. Y el otro asentía, bajando la vista al suelo. Después se convidaban otro trago y se miraban, sin hablar. Les pedí disculpas, di las gracias y enfilé para la salida. Los tres, antecedidos por Orson, caminamos por el pasillo, estrecho y largo, hasta la puerta. Ella dijo: –Bueno, quizá nos encontremos otra vez en el ascensor. Ni siquiera me dijeron hasta luego.

Todas las tardes, a eso de la siete, Zulema y Hyram Wilkinson tomaban una copa mirando, en silencio, la plaza San Martín. Cada tanto veían las explosiones resumidas de las fotos que la gente se sacaba en los peldaños de la estatua. El sobrino volvió el domingo a la noche. Y el lunes a la tarde. El martes subí al ascensor con Zulema y le pregunté por su marido. Orson olía como el diablo. Había humedad y eso exageraba un poco todo.

–Ahí, en el sanatorio. Un disgusto. El corazón.

Esa noche oí dos botellas vacías en carrera por el túnel del incinerador. Zulema Wilkinson era una esposa abnegada. Salía temprano, al sanatorio. Volvía tarde, a la cama. El vestido negro le colgaba cuando su marido volvió a casa. A la semana me los crucé en la esquina. Ella se había quedado quieta y él la sostenía con un brazo mientras se secaba la frente con el pañuelo. Pero algo había cambiado. Esa vez no siguieron camino. Se dijeron algo y dieron media vuelta. A la noche, Paredes, el portero, me avisó que Zulema Wilkinson había muerto.

El consorcio hizo una colecta para comprar una corona. Yo puse por dos, por Orson y por mí. Una faja violeta con letras y borde dorado cruzaba, en diagonal, la rueda de flores y hojas, como una prohibición que parecía, más bien, un cuadro de Arcimboldo. Pregunté a qué hora y dónde era el entierro. Al otro día, a la mañana, en el cementerio de la Recoleta.

Cuando llegué al lugar encontré a Hyram Wilkinson, sentado sobre un peldaño, secándose la frente con el pañuelo. Lo vi tan indefenso y solo entre tanta mampostería fúnebre, que pensé que lo mejor que podía ofrecerle era tomar un trago juntos. Hyram Wilkinson me miró.

Eso fue todo. Ni sí ni no, ni blanco ni negro. Me quedé ahí de pie por unos minutos, el tiempo que lleva rezar un padrenuestro a las apuradas. Orson estaba ahí, sentado y a la espera, la correa de cuero negro con el lazo que lo ataba a una reja. Pensé que la capilla ardiente parecía el puesto de aduanas de un aeropuerto.

Al otro día, a pesar de mis reparos, toqué el timbre del departamento de los Wilkinson. ¿Por qué? Porque me había quedado sin teléfono y tenía que hacer una llamada.

Al lado de los sillones, había cajas de cartón, una encima de la otra. En la última, todavía abierta, vi un par de zapatos con el taco gastado hacia fuera y el óvalo plateado de la casa Jackie. Las cosas de Zulema.

–Todo va para la iglesia, mañana reparten ropa y mantas recibidas en donación –dijo Hyram.

Asentí, me lo dictó la conciencia.

–Habrá más de una Zulema andando por el barrio –dijo Hyram.

Orson se había instalado al lado de una de las pilas de cajas. Como no sabía qué decir y pensé que Wilkinson ya estaría totalmente borracho, di media vuelta y le dirigí a Orson un reto que fue una de las acciones más injustas que cometí en la vida. Pero Hyram me explicó:

–Zulema era tan clásica –dijo.

Hice lo que se hace. Es decir que hice mi llamada y tras asentir con toda la incredulidad del mundo, le chisté a Orson y nos fuimos.

Eran las siete de la tarde, al otro día, y bajaba con Orson por la calle de la iglesia. Vi dos mujeres vestidas iguales, cada una con un vestido negro idéntico al de la otra, que caminaban medio de costado, cargando bolsas. Se sentaron sobre las bolsas y empezaron a pedir limosna. Orson levantó la pata contra un poste, a pocos metros de ellas. Eran las cosas de Zulema. Salud.

Llovía

Llovía. Miré por la ventana. Pensé que iba a parar. Era la hora de llevar a Orson a dar una vuelta. Los perros tienen que pasear y las personas tienen que pasear, aunque no quieran, a sus perros. Salimos, como siempre, por la puerta de servicio. En la sala eran las seis de la tarde y en la cocina, a un paso, era de noche. Paredes, el portero, había subido el toldo y acomodaba una alfombra de plástico sobre la alfombra del pasillo de la entrada. Orson enfiló para la esquina y me dejé llevar por la correa. Pero al llegar a la esquina, como la lluvia es impredecible, llovía con fuerza redoblada.

En medio de la gente que venía, con o sin paraguas, en la estampida que bajaba desde Florida, Orson avanzaba con el aplomo de un acorazado. Una rubia cruzó la calle. En una vereda tenía bucles. En la de enfrente, no. La plaza estaba vacía. Un tipo gordo usaba el diario de sombrero. Una señora se apoderó del lado de los edificios. Los que venían en sentido contrario tenían que desviarse para dejarla pasar. Un hombre salió invicto después de derrotar a los demás a paraguazos. No faltó el chico con botas de goma. Pegaba saltos cortos y exactos para caer en las baldosas flojas y cuadradas que parecían balsas. El vendedor de café pasó gritando café, aunque era evidente que en medio de la carrera ni él quería vender ni nadie iba a comprarle.

Cuando la lluvia empieza a mojarme, no me gusta. Después todo está muy bien y si deja de llover me parece casi ofensivo. Entonces viene ese frío que sale de los huesos y que impregna hasta la ropa. Aunque haga calor, tengo orejas de hielo y siento, en la frente, una gota suspendida que pesa y se desliza como un remordimiento. Al igual que todo en esta vida en que llueve, eso se ha hecho más intenso con el paso del tiempo. Mi indecisión a la hora de cruzar o no la calle cuando la luz del semáforo cambia a último momento también se ha agudizado.

El sonido de la lluvia se hizo más rápido y entonces más fuerte. En los negocios, el mal humor de los vendedores cedía a una sonrisa que parecía casi una venganza. A lo lejos, casi en una, las sombras de los

hombres que leían el diario acodados en la barra del Florida Garden. Los que salían de las casas abrían los paraguas o subían a buscarlos. Las pisadas se oían con una nitidez exasperante. En la vidriera de la joyería, la panza de una tetera de plata brillaba sobre un fondo negro. La calle funcionaba. Las cosas se veían. Los vidrios de los autos estaban empañados. Era otoño, hacía frío. Y desde el sur llegaban luces de relámpagos. Pasó la doble de Jackie Kennedy. En la entrada del hotel, un botones abría un paraguas, debajo de la galería, al lado de la puerta de un auto lustroso. Nada tenía demasiado sentido pero todo estaba en foco. Me llamó la atención la respuesta de un señor al que, ya que tenía parado al lado, le dije qué desastre y cómo llueve.

El hombre, sin mirarme, asintió, se inclinó para acariciar a Orson y dijo:

–Todo depende, la lluvia es buena para el fabricante de paraguas.

Al diablo, pensé. Y también, pensé –aunque no se lo dije– podía venirle bien a los granjeros, a la amiga envidiosa el día del casamiento de su mejor amiga. Y seguí: a los cines, a los bares, a los taxis. A los novios, los bomberos y la tierra en general. Pero no a mí, y la que había hablado era yo.

El hombre seguía acariciando a Orson. Tenía una cabeza redonda que se aplanaba en la coronilla y los hombros de su Perramus estaban salpicados de gotas y un poco en falsa escuadra.

Orson estornudó y el señor que le veía el lado positivo a la lluvia dio un respingo y me miró con desagrado.

–Es feo, ya sé –le dije–, pero para el perro es bueno, igual que con mi lluvia y sus paraguas.

Si tuviera que escribir una guía de Buenos Aires, yo pondría datos como este, por ejemplo: cuando llueve más de diez minutos, si uno se para en esta misma esquina, pasa invariablemente un colectivo que te empapa de los pies a la cabeza. Es que hay un charco que se forma con la rapidez de una mala idea. Ahí estábamos nosotros. ¿Y ahora?, le pregunté al señor. ¿Tenía forma de encontrarle el lado bueno a eso?

–A que no.

Exprimía la pollera como si fuera un trapo de cocina y por los pliegues de la cara de Orson caía agua y más agua. Había que verlo.

–No crea –me dijo el hombre, que esta vez, para ilustrarse, levantó un dedo gordo en el aire–. La verdad es que gracias a todo esto estamos conversando y eso es bueno.

Bueno para quién, pensé, eso vendría a ser exactamente un agravante. En cambio, dije:

–Todo es cuestión de gustos.

–De manera que a usted –me dijo el hombre– le gusta protestar.

–Está muy equivocado –le dije, mientras tiraba de la correa porque Orson se acercaba a otro perro que venía caminando.

–Eso me alegra –me contestó el señor.

Lo miré bien. Su corbata era un mundo en sí misma. Si me subía a un escalón, le sacaba una cabeza. Sonreía con convicción pero el problema era que al mirarlo no parecía haber mucho de qué alegrarse.

–Bueno –dije, mirando al cielo– creo que está parando – era mentira– y voy para ese lado.

–Yo voy al mismo –dijo el hombre, como si fuera lo más natural del mundo.

Dimos tres pasos juntos, siguiendo a Orson. Y llegamos a la calle de los lugares comunes –que queda entre la de los bancos y la de las marroquinerías–. Pero así fue: la lluvia caía a mares y todo se veía en blanco y negro. El hombre no vivía en el barrio. Le llamaban la atención detalles que conozco pero de los que ya ni me doy cuenta. Sabía mucho sobre los horarios de Retiro. Me dijo que seguramente íbamos a encontrarnos otro día. Le comenté que vivíamos muy lejos. El hombre, con su perfil importante y discreto a la vez, dijo:

–Me alegra porque veo que en el fondo ese dato la complace; qué amable, con qué poco se conforma.

Mucha gente pierde la buena educación en situaciones límite. Y aunque esta no era exactamente una, se trataba de una cuestión de límites. Me clavé en la esquina, en perfecto acuerdo con Orson. Pero no me dio tiempo. El señor me miró y me dijo:

–Me llamo Alberto Williams.

Acto seguido, y aunque no nos conocíamos ni yo estaba llegando, me dio lo que se llama una calurosa bienvenida. Hice lo que hace cualquier persona educada, de esas que, como yo, a veces no comprenden del todo bien algunas cosas cuando pasan: simulé que buscaba las llaves en la cartera, con pocas intenciones de encontrarlas, y entre el perro y el diario no me daban las manos.

–Permítame –dijo, mientras agarraba la correa de Orson.

–Señor Williams.

–Dígame Alberto.

–Tengo que irme.

Dicho lo cual, sólo tenía que dar media vuelta y caminar dejándolo atrás.

El único problema era que tenía en la mano la correa de mi perro.

«Querido Orson:

»Ese día, a esa hora, sospeché que si estabas con el señor Williams o conmigo no era una cuestión esencial. Parecías muy concentrado, cada tanto tenías que sacudir esa cabeza de zapallo para sacarte de encima el agua que, como llovía, se colaba por los pliegues de tu trompa. Estabas bastante parecido a Churchill y a una gárgola. No podías, no tenías tiempo de saber con quién estabas. Y la lluvia es una lupa, aumenta todo.»

Me acerqué y estiré la mano para agarrar la correa. Las de Williams me interceptaron en el camino.

–Siento que nos conocemos de toda la vida.

Confieso que en otros tiempos, hubiera pensado que esa frase valía una fortuna en la bolsa de valores de la autoestima. Pero ese no fue el caso. Para nada. Lo raro era, sin embargo, que todo estaba en orden. Quiero decir: los vendedores, detrás del mostrador. Gente agotando localidades debajo de los toldos de algunos negocios. Actividad promedio reducida. Lo que se llama una tarde de cine o librería. Como dicen en la biblioteca funcional de algunas salas de espera, la verdad es que parecía un sueño y daban ganas de pellizcarse el brazo para comprobarlo. Lo hice. Pero no me dolió.

–Me hace acordar –dijo Alberto Williams– a una chica que tenía una hermana casi idéntica. Iban al colegio Santa Unión.

Yo había ido al colegio Santa Unión y tenía una hermana. Volví a pellizcarme y no me dolió nada.

Alberto Williams siguió:

–Mi padre era el jardinero del colegio. Un día se quejó a la hermana directora porque una de las hermanitas, que se parecían tanto a usted, arrancaba las flores y se las llevaba entre las páginas de los libros, como si fuera el gran chiste. Retaron a las chicas. Que les contaron a sus padres. Que se quejaron a las autoridades del colegio, que

despidieron al mío.

Llovía a mares. Mordí la magdalena y algo recordé, aunque difusamente, como una vaga idea. Me venía bien tanta lluvia porque el agua barre todo. Había un policía haciéndole una multa a un auto que, pese a las apariencias, estaba mal estacionado.

Nos miramos a los ojos. Alberto Williams era bizco.

–Cuánto lo siento, dije.

–Pero nos vino bien.

Alberto Williams sonreía con la cara redonda como un plato.

–Al padre de las chicas le dio un poco de remordimiento y al tiempo contrató a mi padre por un trabajo que era menor, menos cansador y, desde luego, mejor pago.

En mi casa, cuando era chica, había un jardín, de acuerdo. Tendría que haber habido un jardinero, probablemente ese hombre tuviera un hijo. No pude ir más allá. Se concentró antes de decir:

–Tengo gratos recuerdos de esa familia. Una vez nos mandaron para
Navidad un cajón de sidra por medio de la cocinera, que le contó a mi madre que no sabían qué hacer con ese cajón que no sé quién les había mandado. Ese regalo debería haber ido de acá para allá como la peste. En la casa tomaban champagne.

Me acordé muy bien de que también en la mía. El policía estaba tan mojado que parecía un buzo.

–El problema es que eran un poco estrictos. Todo era muy silencioso en esa casa y a mí no me dejaban entrar. Eso no quería decir que yo no la viera. Sé que recuerdo cosas de esa casa que las personas que vivieron ahí ni siquiera vieron nunca. Un día entré, por curiosidad. Una de las chicas me vio por la ventana y se lo contó a su madre, que se lo contó a su padre, que amonestó severamente al mío.

Qué atrocidad, había dicho mi madre cuando mi hermana le contó.

Tenía un nudo en la garganta. Y ruedas en los pies. Me despedí.

–Qué injusticia –dije, y sonó al mismo tiempo como un asentimiento y como un reproche, cuando en realidad quise decir algo distinto. Ya no me acuerdo qué.

–No crea –me dijo Alberto Williams–. Es simple, es claro, pero es difícil. Como el reto a mi padre le pareció humillante, un día esperó al de las chicas en una esquina. Se acercó cuando el otro ya lo miraba de mala manera. Le pegó tan fuerte en la cara y el estómago que el

señor se mantenía en pie porque estaba aferrado al bastón, que no sé cómo mantenía clavado al piso. Mi padre me lo contó, estaba orgulloso. Al otro día en todo el barrio decían que al señor habían querido asaltarlo y que se había defendido reduciendo al ladrón que le pegaba con saña. Prueba de su heroísmo es que no le faltaba ni un peso en la billetera, ni uno de los gemelos que tenían engarzados dos zafiros. Ni la tabaquera, ni el encendedor, ni el reloj ni la cadena del reloj.

Vino un silencio.

–El perro –me dijo Alberto Williams cuando ya me iba, olvidándome de todo–. El perro.

Orson venía lento pero seguro, la correa tirante de la mano de Williams que, más que retenerlo, quería, me pareció, ser conciliador. Se había dado cuenta de que yo me sentía mal. Desde una ventana llegaban los quejidos declarados de alguien en la cuna. Un bebito lloraba como lloran los bebitos. Daban ganas de ir corriendo hasta ese edificio y subir a consolarlo. Además a esa hora ya estaba haciendo frío.

No dije nada. Acepté la correa que me tendía, tranquilamente, Alberto Williams. Con el perro, me entregó una tarjeta con su nombre y su número de teléfono.

Llovía tanto que en cualquier momento la plaza iba a llenarse de parejas de animales. Miré, a pocos metros, hacia arriba. Mi edificio se clavaba en la altura y parecía que el agua caía más fuerte cuando rebotaba contra sus vértices escalonados. La proa del edificio se hundía y alzaba en el declive hasta Retiro. Entré y Paredes negó con la cabeza, mirando las huellas de barro en la alfombra de plástico.

–Cuándo va a parar esta lluvia –dijo, casi increpándome.

Ese día me detuve y giré sobre mis talones en vez de seguir de largo, como hacía siempre cuando nos saludábamos. Era un código compartido, que se había establecido entre los dos con los años. Así que cuando me volví, como dicen en algunas novelas traducidas, Paredes se sorprendió. Le dije que también podía pensarlo de otra manera. Gracias a la lluvia, no tenía que baldear la vereda. El comentario no le gustó. Pero eso no importaba y hasta tenía un lado positivo. Iba a servir para poner un poco de distancia.

Entramos. Prendí la luz de la cocina. No tenía nada para comer pero mejor porque en esa época se me había dado por engordar. Miré por la ventana de la sala, emplazada en la proa de uno de los pisos. El paraguas de alguien que cruzaba la plaza. Era probablemente un

hombre, a juzgar por el paraguas, negro y amplio –como el mío–. Ese hombre, quien fuese, estaba muy contento. Caminaba como las personas cuando pueden permitirse un descuido. Pero a él no podía verlo. Solamente el paraguas abierto, como un paracaídas, en la inmensidad del parque que, visto desde arriba y en medio de la lluvia, parecía más chico y más perfecto que cualquier comentario que pudiera hacer sobre él. Si hubiera tenido diez años, no hubiera dudado en abrir la ventana y tirarle algún proyectil inofensivo, como un bollo de papel, o mejor un par de uvas, hasta puede ser que toda una naranja. Me senté en el sillón y me quedé mirando el techo y de refilón a Orson que, a mi lado, hacía lo mismo. Es que los perros tienen que estar al lado de las personas que los cuidan. En nuestra sociedad.

Llovía.

El traductor de Conrad

El señor Slavomir Olenski era un príncipe retirado. Su nombre entero, que alcancé a ver en un sobre llegado de Varsovia, formaba una caravana de letras que ocupaban dos renglones y se armaban como un párrafo. En invierno usaba un abrigo largo y gastado de cachemir, con botones un poco diferentes entre sí y la marca de una estrella de David, más oscura, en la solapa. Visto de lejos era todo nobleza. Visto de cerca era el recuerdo de lo que debería haber sido. A distancia prudencial ni siquiera llamaba la atención. Y visto desde abajo, desde la calle, cuando miraba, concentrado, la plaza desde su departamento, la sensación de que hubiera merecido otra ventana con vista a otra plaza resultaba inevitable. En las reuniones de consorcio, insistía en un silencio que enjuiciaba, por contraste, los escándalos tejidos en la entrada, el sótano, el ascensor y las calderas. El príncipe Olenski no se privaba de clausurar la reunión con un suspiro resignado que nos dejaba a todos por el piso.

Sé que hay cosas que deben seguir iguales. Las cejas kaiserianas. Los hombros del traje azul gastados por barridas de cepillo. Las arrugas que, profundas, parecían no haberle dado tiempo. Una forma de aceptar las adversidades como parte del plan secreto de los días. Si bajaba de un taxi, aunque eso era infrecuente, daba tres pasos para luego darse vuelta, disculparse con el taxista y cerrar la puerta entonces. Cuando bajaba, en cambio, del colectivo, era como si el fantasma de una mano servicial lo levantara en el aire por unos segundos. El tic nervioso en ese empeño de cubrirse las muñecas con el puño de la camisa, siempre blanca. La suma de las partes no daba un resultado en sí desagradable. Al contrario: encontrarse con Slavomir Olenski en el ascensor era casi una suerte, al menos porque era una ocasión excepcional en el juego de las probabilidades.

Por otro lado, era un señor elegante. Si elegancia, como dicen, es verse bien en todas partes. El señor Olenski armonizaba por igual en los salones de embajada y en los recodos de Retiro.

Cuando hablaba apretaba entre las manos una carpeta de cuero con cierre relámpago. Siempre andaba con esa carpeta que cumplía

funciones extraordinarias. Además de servir para guardar lo que serían –a juzgar por su actitud– valiosos documentos, era el sable que el príncipe Olenski apretaba contra el pecho para darme paso al bajar del ascensor, gesto de cortesía que respetaba aun cuando a Orson se le daba por empacarse para después recapacitar y seguirme, la correa floja entre los dos en nuestra unión tan innegable como carente de sentido. En los días de lluvia, cuando nos cruzábamos en la puerta, estuviera por entrar o salir del edificio, el príncipe me acompañaba unos pasos con la carpeta a modo de paraguas. El día en que un acreedor lo increpó delante de unos cuantos vecinos, Slavomir Olenski abrió la carpeta sin mirarlo, escribió algo en una hoja en blanco y se la dio. El día en que el administrador del consorcio le entregó, al bajar del ascensor en planta baja, un telegrama de intimación por falta de pago de las expensas, el príncipe se limitó a abrir la carpeta como si fuera la boca de un cocodrilo con sus picantes fauces. La boca relámpago se devoró el telegrama con la misma rapidez con que, a juzgar por las noticias posteriores sobre la demanda, el príncipe Olenski se olvidó completamente del asunto.

Me llevó, como a todos, algún tiempo darme cuenta de que no se trataba de descuido o mala voluntad. Era un hombre habituado a hacer frente por sí mismo a problemas más bien irresolubles. El príncipe Olenski no podía pagar las expensas y encontraba seguramente bajo y de mal gusto explicar las causas de sus dificultades. Fueran las que fuesen, había tenido ya la oportunidad de comprobar que ninguna explicación, por más conmovedora, alcanza a saldar deudas.

Consigno una escena cientos de veces repetida. Paredes, el portero, barría la vereda. Cuando veía que el señor Slavomir Olenski estaba a punto de salir, precedido por la alfombra que iniciaba su camino, Paredes se cuadraba y decía, mirando al horizonte:

–Príncipe.

Entonces el señor Slavomir Olenski lo enfrentaba, a su modo, de costado, también mirando al horizonte de edificios, con la flecha enfocada, como siempre, en el centro de la conversación. Y así, mientras levantaba la mano en el aire como para apoyar su brazo sobre el hombro de Paredes, Slavomir Olenski le decía:

–No me llame príncipe, camarada.

Y siempre, en ese momento, al lado de Orson, como de costumbre, era cuando yo seguía de largo.

Para mí que el encuentro con el príncipe era algo predestinado. No puedo decir que mi vida hubiera sido diferente si no lo hubiera

conocido, que es exactamente lo mismo que puedo decir respecto a la incidencia de la forma bastante incómoda de mi nariz o el color promedio de mis ojos, o la intranquilidad del pelo. Nada esencial pero ahí está la diferencia. Un día en que subimos los tres al ascensor, oímos el ruido de rotas cadenas y después nos balanceamos como una hamaca limitada, para golpear contra la nada en un ligero sacudón y entonces sí que el ascensor no se movía. Hice dos cosas: le ordené a Orson que se sentara –y él me desobedeció–. También le pregunté al príncipe Olenski a qué se dedicaba.

–Soy traductor de Conrad –dijo el príncipe mientras daba un paso hacia delante y después medio paso para atrás.

Por un momento, pensé que Conrad era un sello editorial. Después que Conrad era un señor para el que trabajaba el príncipe Olenski. Pero claro que no, era Joseph Conrad. El escritor. Polaco, como el príncipe Olenski.

–Ah –suspiré, conocedora–. Joseph Conrad.

–El mismo –dijo el señor Olenski. Y agregó:

–Jósef Teodor Konrad Nalecz Korzeniowski, para ser exactos. Mire ese nombre. Lleva su tiempo memorizarlo. ¿Por qué olvidarlo después? A veces es bueno ser fiel a los recuerdos.

No entendí nada pero era evidente que hablaba con un entendido.

–¿Tendríamos que tocar la alarma? –pregunté.

–No a esta hora –me dijo el príncipe, inclinando ligeramente la cabeza–. El camarada Paredes está en su tiempo de descanso. Lo dice el estatuto.

Faltaban sólo diez minutos para que el camarada pudiera ayudarnos. Y el tema ya había salido.

–Qué interesante –le dije–, traduce Conrad al castellano. El príncipe Olenski arqueó una ceja.

–No, traduzco Conrad del inglés al polaco, que era su lengua original. Conrad era un escritor equivocado. Él era polaco, no tendría que haber escrito en inglés. Otros escritores pueden hacerlo porque el segundo idioma les resulta natural. Nos pasa a muchos. Usted, por ejemplo, llamaría a las cosas por su nombre si hablara en italiano. Y yo maldigo en alemán. Pero Conrad escribió en inglés porque era impaciente. Hace tiempo que todos los caminos parecen llevar al inglés. Por qué apurarse. Lo considero extremo. Lo mejor de sus historias nos hubiera llegado si las hubiéramos leído escritas por él en polaco y luego traducidas por alguien al inglés. Que era lo que él

quería. Verse en inglés. Pero no tuvo paciencia y no quiso aceptar intermediarios. Mi trabajo consiste en traducir sus libros del inglés al polaco. Cuando vuelvan a traducirlos al inglés, van a ser totalmente diferentes a los que él mismo escribió en inglés, aunque tendrán, desde ya, su sello personal.

El sello personal del príncipe era el único resto de su infancia palaciega, pensé. En el dedo chico, un anillo con el sello negro de un escudo repleto de símbolos.

–¿El blasón de la familia? –pregunté, como decían en las revistas de la alta sociedad.

–No –y se rió–, no, no, no –casi se agachaba de lo que se reía–. Es el escudo de mi cuadro de fútbol en Polonia, yo soy un hincha de la primera hora.

Y la palabra hincha rebotó en mis oídos espantados. No le quedaba bien. Y él lo sabía. Pero todo pasa, aunque parezca interminable, y antes de lo que creímos el ascensor había retomado la marcha.

Un día después lo vi entrar, muy apurado, a la Richmond. Pero siempre iba apurado a todas partes. No tenía tiempo que perder. Era alguien decidido. Una noche me di cuenta de que estaba borracho porque parecía más joven. Otra, que la soledad le picaba porque me dijo algo en francés, que por respeto no transcribo. Y una tarde lo vi, pensativo, subiendo a bordo de la escalera mecánica de Gath&Chaves. Estaba siempre al filo del ridículo pero era su habilidad para hacer equilibrio todo el tiempo lo que hacía que este señor resultara por lo menos especial.

En la pila de correspondencia de la entrada, había sobres grandes coronados con emblemas y otros sobres partidos en diagonal por la franja oscura del luto. Nunca entendí por qué Paredes no desplegaba su correspondencia como naipes, como a todos. En una esquina del mostrador de la entrada, había una torre exacta hecha de cartas, que era la montaña para el señor Olenski. Quizá era porque era realmente una montaña. Todos dirigidos para el príncipe Olenski desde ciudades que integraban el msapa castigado de la Polska Rzeczpospolita Ludowa. Nombres en alemán, en bielorruso algunas veces. Y estampillas que decían Wroclaw, Poznan, Gdansk, Lodz, Cracovia. Todo iba a parar a su carpeta. No podía decirse lo mismo, en cambio, de una publicación barata que recibía de manera irregular. El señor Slavomir Olenski rompía la faja blanca con la dirección y el remitente. Y leía como loco, asintiendo como un sabio. Sus amigos de allá, decía Paredes, publicaban ese diario con profundas reflexiones y dibujos que llamaban a la acción. Músculos que levantaban pesadas

herramientas. Láminas reducidas con hormigueros de personas esqueléticas pero abrazadas. Debo haber sido la única que votó para que lo dejaran tranquilo. No pagaba las expensas pero era solidario. Hacía todo lo posible por no molestar a nadie.

–Mucho príncipe –dijo el presidente de la asamblea–, pero no tiene un cobre.

Bajé la cabeza para tomar envión. A mí me pareció que a este señor se le había ido la mano. Y le dije que yo creía que:

–Usted acaba de mudarse a este edificio y no entiende nada. Este es un edificio de estilo, de categoría, dicen los anuncios, y pienso que tendríamos que obrar en consecuencia.

El presidente del consorcio se puso colorado de vergüenza. Pero no había sido por mi culpa. Una mano se había apoyado sobre mi hombro llamándome a silencio. En medio de la discusión, nadie había visto entrar al príncipe. Que dijo:

–Muchas gracias. No hace falta. La semana que viene abandono el departamento.

Con la voz definida. Los nervios sin embargo pudieron traicionarlo. Antes de darse vuelta, el señor Slavomir Olenski, abrió el cierre de la carpeta y lo cerró. Para qué, nadie lo supo. Tampoco interesaba. Escuchamos el sonido de algo que caía rápido desde una ventana. Fue peor que si hubieran apuntado un cañón hacia nosotros en el momento en que la mecha prende fuego. Me resultó paradójico admirar a un capitán que abandonaba un barco que se hundía, quizás en el fondo de mis ojos. Pero también pensé que a lo mejor él era el barco y nosotros el océano. Hubiera hecho cualquier cosa por el señor Olenski en ese momento. Pero no pude. Porque el señor Olenski, además de hombre de letras, era un hombre de palabra.

Con no poca indignación, vi al príncipe juntar cuanta caja de cartón se encontrara en el camino. Hacía excursiones breves a la ferretería y volvía con ovillos de piolín y planchas de papel color madera. Paredes lo ayudaba con el embalaje.

Una tarde me avisaron que habían improvisado una subasta. Era el último día y remataba lo que no podía llevarse. El martillero tenía unos anteojos con recuadros congelados y prismáticos, y uno de esos martillitos que usan los médicos para probar los reflejos. Slavomir Olenski se paseaba de una punta a otra del cuarto de al lado, con la puerta entornada. Antiguo juego de plata sellada inglesa, colección Olenski, decía el hombre y a su lado, una mujer, con figura de asistente de mago, enseñaba a los presentes tetera y samovar

opacados de amarillo, cucharas desparejas con empuñaduras de piedras transparentes, copas que se habrían salvado de la exageración de un brindis, un trinchante con las puntas como ganchos. Sin firma, gritaba el hombre desde lo hondo de su garganta. Cuadros del tamaño de una mano con retratos de mujeres pálidas y manchas de humedad. Un mueble indescriptible por lo absurdo, con cajones secretos. Un huevo de Fabergé totalmente descascarado. Mapas encuadernados en tapas de cuero de jabalí. Alhajeros sin nada. Una lupa con marco de carey. Cuando salió a remate un ejército maltrecho de húsares de plomo, el señor Slavomir Olenski hizo su primera oferta, con la mano izquierda en alto. Lo miraron con indignación. El presidente del consorcio, que había hecho buen negocio al comprar unas tacitas de porcelana, no se privó de comentar, por lo bajo, que era una locura que el señor Olenski se permitiera semejante lujo, teniendo en cuenta la situación por la que atravesaba. La gente no perdona los breves entusiasmos de los que están en la desgracia. Una mujer dobló la oferta y el señor Olenski se dio por vencido. No di tiempo a que el martillo golpeara por tercera vez contra la mesa del escritorio, en que en los bordes se apilaban hojas y hojas escritas con palabras raras.

Me acerqué al martillero y dejé el par de billetes sobre el escritorio. Los húsares de plomo cayeron al descuido adentro de una caja. Le guiñé un ojo al príncipe. Desperté a Orson, que dormía, redondo, sobre la alfombra, y nos fuimos. El señor Olenski nos siguió.

Esperó el ascensor a nuestro lado, con las manos cruzadas detrás de la espalda. Me cedió paso y Orson tomó la delantera. Una vez dentro, el señor Olenski me anunció que tenía pensado acompañarme hasta el séptimo piso. Hablamos del clima, de la trompa de Orson –muy graciosa, por cierto–, de lo bien que lustraban Paredes y su mujer los herrajes de bronce, esas cosas, sin acercarnos a las proximidades de la zona de necrosis de nuestra despedida. Que parecía tan corta y ni me daba tiempo de entregarle la caja en que yacían apilados los restos de su ínfimo regimiento. Dejé caer mi parte de la correa de Orson al piso y el señor Olenski se agachó para levantarla. Solo tuve que apretar el botón que decía parar y oímos el ruido de rotas cadenas, antes de balancearnos como hamaca limitada para llegar al breve sismo y entonces detenernos. El príncipe Olenski, asombrado, me habló en un idioma que yo no comprendí. Fue breve pero sincero y podría jurar que estuvo muy bien. No pude decir nada. Cuando le di la caja, la aceptó con una sonrisa generosa. No encontré ninguna excusa para justificarme y evité el espejo porque estaba segura de que al verme me hubieran dado muchas ganas de llorar.

–Resista –me dijo el señor Slavomir Olenski en un castellano impecable–. Resista.

Y en ese momento el señor Slavomir Olenski me pareció, admito, irresistible. Con una sonrisa más feliz que resignada, tocó el número 7 y me llevó hasta mi casa.

–Príncipe –dijo Paredes, al otro día temprano a la mañana. El príncipe Olenski dejó su valija de cuero gastado en la vereda. Con la carpeta debajo de uno de los brazos, miró la línea oscura en declive de la plaza. Levantó el brazo libre, como para apoyarlo sobre el hombro de Paredes.

–No me llame príncipe, camarada.

Al otro día a la mañana, vi a Paredes mirando, empecinado, el horizonte de edificios. Pasé a su lado y lo saludé inclinando la cabeza. Paredes negó, lento, con la suya. Es que el señor Olenski, como le gusta repetir aún al camarada Paredes, no era ningún improvisado. El señor Olenski tenía un nombre que era muy largo, del que no puedo acordarme algunas veces. El señor Slavomir Olenski anda, estoy segura, por ahí. Él era un hombre de palabra. El traductor de Conrad. Era uno de los nuestros.

Entrada de servicio

Durante un tiempo, gocé de cierta fama como escritora. Vi mis libros apoyados, varias veces, en la mesa de algún bar. Una vez, mientras hojeaba un fajo de mapas antiguos en una librería, oí a un hombre que preguntaba de mala gana por una de mis novelas y se excusaba de esta manera delante del vendedor: un encargo de mi mujer. El vendedor se trepó con una escalera a la biblioteca. Al rato, con esa felicidad de quien cumple con su deber, saludó al señor desde la altura, empuñando mi novela como si fuera un trofeo, y tanta diligencia de su parte me hizo pensar que para ese hombrecito, demasiado alto y blanco, era casi un milagro quitarse ese libro de encima.

Mis novelas impresas tenían el mismo olor que tienen todas las novelas que no serán un clásico. Los clásicos siempre huelen bien, en cualquier tipo de edición, aun en la primera. Pero en libros que invalidan en sí su relectura, ese olor se interrumpe, casi siempre hacia la mitad, con el de las cosas que tocamos. Y todo pierde consistencia. En la tapa había siempre una mujer, con el cuello del largo del cuello de un cisne desnutrido, los ojos abiertos, todo un porte de mujer que enfrenta el destino con la abnegación de quien sabe que, después de todo, habrá un final feliz. No puedo decir que realmente me gustaran, menos que menos que llegaran a darme un poco de satisfacción literaria. No me engañaba.

Mi biblioteca, a cuyos estantes más altos apenas llegaba subiéndome a una silla, contaba con libros capaces de derrotar ejércitos enteros de historias medianamente bien contadas. Lo que se dicen buenos libros. Yo pretendía igualarlos y me dolía darme cuenta de que, más que distintos, esos libros y los míos eran directamente incompatibles. No faltaban la épica, la poesía matriz, los ensayos de Gredos de ese color marfil que resiste o anticipa el paso del tiempo. Tampoco puedo mentir, asegurar que un día me paré en la plaza, miré a Orson y en forma inopinada pensé: voy a ser escritora, lo mío son las letras. En todo caso ya a esa altura era innegable que yo era, y a mucha honra, una auténtica rata de biblioteca.

Pero una tarde de verano, sentada frente a un ventilador pesado como plomo, mientras respondía a una carta absurda y aburrida haciendo un proyectil aerodinámico con ella, con la otra mano empecé a teclear en la máquina como un pianista aburrido y probé de anotar un nombre, seguido de un apellido, que se remontó en una genealogía entera de personas. Sé que de golpe me di cuenta de que Orson jugaba con las páginas que salían volando por la fuerza del ventilador. Sé que al terminar las apilé de la mejor forma posible. Que había una aureola con el canto de una taza de té grabado en las tres últimas. Y que ese fue el origen del primero de los títulos: *El círculo del centro*. Imposible reproducir el argumento, nadie puede contar lo que no cuenta. Pero había una conspiración en los salones de La Ideal, El Paulista y Harrod's.

Dicen, dime cómo escribes y te diré quién eres. Me afilié a una asociación de escritores, gobernada por el triunvirato de dos señores y una señora que siempre parecían tener un alfajor en la mano. Harta de tés y círculos de encuentro en los que todos discutían para atacar de inmediato y en conjunto a los más nuevos, un día no dije basta pero falté a una reunión, asentando la primera de una larga serie de ausencias, a la que he permanecido fiel durante toda la vida. Dado que la entrada era libre y gratuita, la salida era difícil y trabajosa. Mucho más fácil que irse era quedarse pero sentada en la butaca preferencial, desde donde se ve todo y nadie puede verme bostezar. Por ser breve, había sido una experiencia negativa.

Será por eso que empecé a frecuentar un bar en donde se reunían los que estaban escribiendo historias o poesías que anunciaban la llegada de un fenómeno que era nada menos que ellos mismos. Un poco aburrida de oírlos contarse historias de borrachos, siempre protagonizadas por otros, me di cuenta de que se parecían bastante a los golfistas, con la diferencia de que los jugadores de golf creen en el handicap. Al tiempo formé parte de un club de lectores. Pero nunca conocí a los otros socios. Poco después, me introdujeron en una especie de salón móvil literario en el que nadie quería reconocer que le gustaba escribir. Llegué a esa conclusión al darme cuenta, al promediar la cuarta reunión, de que se empeñaban en hablar de todo menos de libros. Era gente decidida a pasarla muy bien de todas formas. Cuando alguien se acercaba para pedirte fuego, lo menos que podías encontrarte era un tipo con los labios en narguile. La novela que veneraban se llamaba *La cuchara de plata*. Decían que les gustaba escribir de noche. Todos eran insomnes. Tanto pastillero que se abría y se cerraba, tanta medalla partida en dos, esa manía de ir de acá para allá, eran claros síntomas de que no podían parar. Era gente

divertida y sociable porque siempre hablaban de las clases sociales. La verdad es que la pasaba muy bien con ellos, era como estar de vacaciones en un crucero andante por los bares de la ciudad, pero tuve que replegarme porque no podía seguirles el tren de vida. Después hice lo que hace cualquier persona en pleno uso de sus facultades. Me aparté de todos para ingresar, sin darme cuenta, en una asociación más que numerosa. Se llama el club fatigado de los que giran y giran.

En las salas de espera se me venían a la cabeza historias bastante buenas.

Una vez hasta pensé en salir corriendo del consultorio del oculista para ir a casa a escribir una. Muy parecido a lo que pasa cuando se sueñan historias y se sabe que al despertarse y no poder contarlas una va a sentirse muy mal. Como pasar por una vidriera, ver una oferta realmente tentadora, un saldo irresistible y más que conveniente, seguir camino y volver arrepentida al otro día para descubrir que la fugacidad es un rasgo esencial de las contadas veces en que tenemos buena suerte.

Un día estaba en la sala de espera de un conocido traumatólogo. Todos le decían El Vasco y a pesar de que era evidente que no era muy ortodoxo, pedí hora y fui. Me dolía la espalda. Me pesaban las rodillas. Sentía una opresión sólida en el cuello. La cintura como si fuera un puente de lo más transitado. Me dolía la cabeza y estornudaba todo el tiempo, aunque no creía que esto último tuviera relación con el dolor de espaldas. Pero al estornudar primero me estiraba, después me contraía y eso no me ayudaba. Ese día había amanecido casi momia. Caminaba bastante parecido a mi perro Orson. La secretaria de El Vasco me llamó desde su escritorio, que parecía la recepción de una cárcel. Nombre, apellido, edad –en voz más baja–, motivo de consulta, etcétera, etcétera. El doctor era un hombre bajo pero imponente. Su delantal no era como el de otros médicos y, a pesar de la cantidad de títulos universitarios que respaldaban su mesa de trabajo, tenía todo el aspecto apurado y curtido que tiene un enfermero. Me dijo que me parara de espaldas a la pared que enfrentaba la de él.

–Ajá.

–Ahab –repetí. Si daba un paso en ese momento la espalda me dolía tanto que iba a parecer un compás rotando sobre su eje. Me sentía un limpiaparabrisas.

–Malformaciones congénitas –dijo el doctor. No sé por qué, miró una regla que tenía sobre el escritorio, la levantó con una mano, la

miró otra vez y concentrado en eso dijo:

–Tiene que hacer el tratamiento del horno.

El horno estaba empotrado a una pared y ahí me metía el doctor una vez por semana. Recuerdo la salida de la primera sesión. Llegué a la calle totalmente aliviada. Pero al doblar en la esquina, sentí que una de mis piernas se demoraba, se resistía ligeramente a seguir el paso de la otra; es más: al levantar el pie parecía como imantada a la vereda. Miré bien. Había pisado un chicle.

Ese día volví a casa y empecé a escribir una novela a *Lo que el viento se llevó* pero que pasaba en una plantación de caucho.

Hacía tanto calor como en el horno y había una esclava que se había dado cuenta de que no le enseñaban a leer a propósito. Todo terminaba con un gran incendio y el cuerpo lastimado de la esclava, quien libre –y a qué precio–, se erguía como un espantapájaros y salía caminando entre las cenizas con una sonrisa bastante parecida a la de un deprimido. Lástima que en esa época, como siempre, nadie me preguntara en las entrevistas qué era escribir. Es soñar a propósito, me decía cada tanto. Y fue para lo único que me sirvió el tratamiento con el doctor vasco. Además de para reducir considerablemente mi pobre saldo en el banco.

Pero la idea de un saldo a esa altura era riqueza. Quiero decir que todavía pensaba que podía arreglar las cosas si sacaba cuentas. Y las sacaba, pero era inútil. Empeoraban. Entonces escribía. No tenía otra cosa para hacer. También podía callarme pero para eso siempre estaba a tiempo. El silencio borra todo.

Una tarde, en una especie de justa poética en Flores, una poetisa me increpó delante de todo el mundo y me dijo que yo me creía Virginia Woolf. Me dijo que a Virginia Woolf nunca se le hubiera ocurrido escribir una nota como la que yo había escrito para un diario de La Plata. Le dije que no se preocupara porque yo, por mi parte, no tenía pensado escribir una novela que se llamara *Al Faro*. Pero hasta eso me sirvió porque fue el disparador de mi siguiente novela: *Orlanda*.

La vida es más injusta que la literatura. Los libros no son ni más ni menos que el intento de hacer un poco de justicia. A veces de protestar. A veces de decir directamente que no se entiende nada. Para venir el año entrante con la novedad de que puede explicarse todo. Para concluir que más que de una pregunta se trata de un enigma. Es verdad eso que dicen de que una se pregunta al escribir. Yo me preguntaba, por ejemplo, cuándo se me iba a pasar ese dolor

de espalda, por qué la mayoría de la gente que no lee se jacta de no leer –como si yo me mandara la parte porque nunca se me dio por lanzar la jabalina, por ejemplo–, si tenía o no tenía que seguirle la corriente a un amigo que había decidido convertirse en una especie de madre y de hija – que se llevan mal– al mismo tiempo. Me preguntaba cuándo iba a parar de llover. Si Orson era un perro feliz. Todo mientras escribía. Y el hecho de que no me inquietara demasiado perderme la respuesta, demuestra que en ese mar de preguntas yo navegaba tranquila, a velocidad crucero, y me gustaba.

La gente siempre me trató bien. Pero por lo general a mí me disgusta estar en constante compañía de otros. Objeto de mis fobias: el *all together now.* Entonces en las historias hablo de la soledad. Si es un thriller psicológico, de los que vienen a interrumpirla. Una novela de aventuras: el camino hasta alcanzarla. Una epopeya, cómo sostenerla –curiosamente eso fue algo que no traté de hacer nunca–. Intimista: no puede haber una novela intimista sobre querer estar sola. Es una contradicción por donde se lo mire. Erótica: imaginen. De terror: la vida de un personaje condenado a vivir en un crucero. Y de ahí en más. De todo. Pero a mí me funciona un poco así la cabeza.

Una vez leí que cada libro tiene una biblioteca de respaldo, así que busqué una biblioteca de respaldo para el libro que escribía. El problema fue que no entendía del todo bien qué hacía. Sentía que repetía el dictado de una voz autónoma, interior. ¿Cómo encontrar la biblioteca asociada de un libro independiente de mi propia voluntad? ¿Iba a privarme, por eso, de recibir algunas buenas influencias? Como no entendía bien qué hacía, busqué intencionalmente libros que no comprendía del todo, y hasta leí un par de libros en francés aunque ese idioma no era mi fuerte. Es que yo soy bilingüe: no sé ni inglés ni castellano.

Nunca tiré los borradores, porque tenía dos grandes miedos. El primero era que un día empezara gustarme lo que antes no me gustaba. ¿Y si cambiaba de opinión? Por eso ahorraba los descartes. El otro miedo era hijo de la historia familiar. Mi tía abuela había tenido arterioesclerosis, aunque eso no alcanzaba para justificar sus extravagancias. Mi abuela, por su parte, me miró un día y me preguntó, cuando yo tenía diez años, hacía cuánto que iba a la facultad. Uno de mis tíos perdió la memoria frente a la mesa de punto y banca del casino de Mar del Plata. Como las probabilidades de que me pasara lo mismo eran altas, yo guardaba todo lo que anotaba a modo de precaución. Me imagino que lo que pasaba, en realidad, es que me estaba poniendo vieja: cuando una civilización se preocupa por dejar edificios de recuerdo es porque le falta poco para hundirse.

La constancia nunca fue lo mío. Pero también es cierto que no pasé un día de mi vida, desde que empecé a escribir, sin pensar en eso. En escribir una historia o adivinar por qué a otro escritor se le había ocurrido contar otra. Eso era lo que me importaba. No escribía todos los días pero la falta de ejercicio no implicaba desamor. Siempre fue una relación más de amantes que matrimonial. Con sus mismos encantos y dificultades.

Una era esa vacilación a la hora de decir que escribía. A veces me parecía lo más bien. Y otras, me daba vergüenza. Era una relación que no siempre declaraba aunque tampoco siempre escondía. A veces, como los amantes, me complacía en darlo a entender. En decirlo solamente si del otro lado me presionaban para que lo hiciera. Además no creía en eso de ser escritor a menos que se escriba todo el tiempo. Y a la vez me daba cuenta de que podía permitirme ese lujo porque los escritores que yo admiraba hacían exactamente lo contrario.

Después de varios diagnósticos fallidos descubrí que era alérgica. Estornudaba todo el tiempo y así tenía la espalda. Cuando me acordaba de lo que había pagado para que El Vasco me encerrara en su horno, me enojaba y estornudaba el doble. Todo lo que me aconsejaron para mi recuperación – vida poco sedentaria, en términos generales–contradecía mi hábito de sentarme a escribir, y el anhelo secreto de dedicarle toda la vida a los cuentos. Dejé de escribir. El dolor de espalda subsistió, consulté otros médicos, que me derivaron a otros, y uno me aconsejó que hiciera una peregrinación a no sé qué iglesia en la provincia de Buenos Aires. Terminaron por recomendarme que empezara un psicoanálisis ortodoxo. No puedo contar nada de ese tratamiento porque es secreto profesional. En términos generales, el analista me llevó a admitir que lo que yo necesitaba para sentirme mejor era volver a escribir aunque me doliera la espalda. Pero el corazón tiene razones que son una verdadera estupidez.

Lo concreto es que un día se rompió mi ventilador. Hacía ruido de guerra.

Después de tren terminal. Las hélices dieron la última vuelta entrecortada. Salía una chispa del enchufe. De ahí provenían también el olor a quemado y el zumbido de mosca eléctrica. Fue mi experiencia Brönté. En menos de un segundo, la cortina se había prendido fuego.

No lo pensé dos veces y será seguramente por eso no se me ocurrió nada mejor que el tap del pánico. La casa estaba a oscuras. También mi entendimiento. Pero el fuego iluminaba la habitación y

pude llegar a la cocina, donde había una botella de agua y otra de leche y con las dos empecé a extinguirlo. Más que a extinguirlo: a convencerme de que lo hacía. Al rato vino el apagón definitivo. En la oscuridad reconocí el olor del papel quemado. Siempre apoyaba la pila de hojas, que sacaba de un tirón de la máquina de escribir, en el piso. Justamente porque el ventilador las hacía volar si las apoyaba sobre el escritorio, como hacen los escritores de verdad. Los escritores de verdad, pensé, mientras metía una vela en una botella y hacía magia con el encendedor. Ellos apilan las hojas a su derecha mientras se oye el inconfundible clic del rodillo. Pero yo no quería que se volaran, como me había pasado con la primera novela, y entonces apoyaba una página sobre otra en el piso. Con los meses la pila se había convertido en una torre, y ahora la torre estaba hecha cenizas. De no ser por algunos fragmentos que en sí mismos no querían decir nada.

Miré la ya no pila de papeles convertidos en hollín. La realidad había quemado la ficción. Ni siquiera podía lamentarme por el esfuerzo que eventualmente implicaría reescribir esas páginas. No podría reescribirlas aunque me lo propusiera porque no las recordaba. Había humo y prendí un cigarrillo para no desentonar. Si no podía recordar lo que escribía era porque lo que escribía no dejaba huellas. ¿Tendría que invertir las cosas para enmendar la falta? ¿Tendría que resignarme a contar experiencias que me hubieran marcado, para traspasar la huella ya que no podía inventarla? ¿Me había afectado el humo, no me vendría bien un trago? Si no podía inventar historias inolvidables podía pasar del laboratorio al trabajo de campo. Sólo tenía que abrir la puerta, mirar y después contar. Lo malo sería vivir con la impresión de que siempre se escapaba lo más importante. Todo cambiaba con una lentitud extrema pero el día en que el cambio se cumplía me encontraba con una realidad que era como un golpe.

¿En qué momento se había puesto así la alfombra de la entrada, por ejemplo? ¿Por qué ahora había días en que Paredes, el portero, custodiaba la puerta vestido como para ir a una doma? ¿Cómo fue que los del sexto se separaron? Alguien se había robado el número siete de la botonera floja del ascensor. Desde entonces, monto guardia. Hay tanto para ver, tanto para contar. La opción silencio no estaba en mi naturaleza. No está en la naturaleza de ningún lector. Los lectores son personas de acción que creen en la actividad de las palabras.

Así fue como el laboratorio se convirtió en un puesto de observación, ubicado, para mi suerte, en un lugar privilegiado: el faro de la ciudad, la torre escalonada de Retiro. En la isla del tesoro, el tesoro es la isla, me digo cuando miro las letras quietas en la máquina

todas las mañanas.

La alergia sigue, la espalda duele, sobre todo cuando está por llover. Pero le hago frente a estas adversidades en el convencimiento de que, después de todo, habrá un final feliz.

A la hora señalada

Conocí a una pareja. Eran el señor Paso y la señora Sosland. Los encontraba casi todas las tardes, a la hora señalada, cuando volvía de pasear a Orson, en el hall de la entrada de servicio, frente al ascensor. La señora Sosland llegaba de hacer las compras en el almacén y el señor Paso llegaba, cansado aunque feliz, de su trabajo en la aseguradora La Continental. En ese momento, que siempre me pareció interminable, no demostraban mayor interés el uno por el otro. Apenas se miraban mientras los números se iluminaban en su cuenta regresiva, por el tablero de bronce hasta llegar a planta baja. Las puertas se abrían, el señor Paso la dejaba entrar y la señora Sosland aceptaba. Una vez dentro la señora Sosland se miraba en el espejo y ensayaba una sonrisa encantadora, que primero nos dirigía a Orson y a mí y después al señor Paso. Al llegar al cuarto piso, el señor Paso y la señora Sosland parecían desesperados por bajar, debido a lo que primero imputé a una compartida claustrofobia y solo con el tiempo descubrí que se debía a las ganas de quedarse a solas un momento. El señor Paso y la señora Sosland subían al ascensor con la ansiedad de dos personas que abordan un vuelo en pleno pánico a la altura. Cuando la puerta se cerraba, los veía sonreírse aliviados, caras de beso de película. El señor Paso y la señora Sosland se querían.

Pero el señor Paso estaba casado con la señora Paso y la señora Sosland estaba casada con el señor Sosland. El señor Sosland y la señora Paso no se dirigían la palabra, de una manera a veces notable y con frecuencia agresiva, en la convicción de que, si no compartían un gran amor, los desunía, injustamente, una grandísima vergüenza.

El señor Paso usaba agua de colonia Floris y la señora Sosland olía siempre a un perfume de Madame Schiaparelli. Cuando se encontraban esperando el ascensor, el señor Paso ya olía al perfume de Madame Schiaparelli y la señora Sosland dejaba un rastro de Floris en el aire. El señor Paso y la señora Sosland se sentían atraídos, qué remedio. Un día, el Floris y el Madame Schiaparelli coincidieron. El olor de su resumen impregnaba el ascensor. El señor Paso y la señora Sosland se entendían.

La señora Sosland tenía la costumbre de asentir con la cabeza cuando alguien le hablaba. El señor Paso era ese tipo de personas que entornan los ojos mientras oyen a quien le habla.

–Realmente no entiendo –le dijo el señor Sosland a su mujer, de muy mala manera, un día en el ascensor. Lo que no entendía el señor Sosland era el empeño inusitado de su mujer por participar en una reunión de consorcio.

Por toda respuesta, la señora Sosland entornó los ojos. Su marido la miró, muy extrañado, y después no dijo nada.

–¿Es necesario que hoy también te quedes hasta tan tarde en la oficina? –le preguntó la señora Paso a su marido otro día en el hall de entrada.

El señor Paso asintió, callado, con la cabeza. El señor Paso y la señora Sosland.

Los unía el rumor de su romance, el secreto y su empeño central en nunca declararlo. Los unía el ascensor. La señora y el señor Sosland vivían en el 4° A. El señor Paso y su mujer vivían en el 4° B, mismo pasillo, puerta de por medio.

Pasaban cosas raras. Algunas veces, el correo dirigido a la señora Sosland caía en manos del señor Paso, que entonces la esperaba en el hall de entrada para solucionar lo que él llamaba un gracioso malentendido. Le daba el sobre, después de disculparse por haberlo tomado por error de la casilla de correspondencia de la entrada. La señora Sosland lo perdonaba de inmediato. Después cambiaban de tema y comentaban, con parejo entusiasmo, las novedades del diario, incluso el pronóstico del tiempo. Ni hablemos de los domingos culturales. O los días post-estreno.

Todos los días, a las siete en punto de la mañana, el señor Paso le decía a su mujer:

–Paredes nos trajo el diario equivocado.

A la misma hora, la señora Sosland le decía a su marido, mientras mordía una tostada:

–Otra vez el portero. Se equivocó de diario. Esto no puede ser. Ya vengo.

Abría la puerta de entrada y se asomaba al pasillo. El señor Paso volvía a casa con el diario en menos de dos minutos. Se sentaba a terminar de tomar el desayuno con su mujer, mientras se pasaba la lengua por los labios, alguna vez para borrar las huellas de la jalea de la tostada que comía la señora Sosland, y muchas otras con tal de

disfrutar, hasta último momento, el beso de la señora Sosland. Se querían tanto que una vez separados seguían juntos, como cuando alguien se queda en la estación viendo el tren que se aleja hacia otra con todo su equipaje.

El señor Paso y la señora Sosland se las ingeniaban como fuera para verse.

En el mostrador de la farmacia Resnik, algunos jueves a la tarde, la señora Sosland compraba Neurotónico Andrómaco mientras el señor Paso se pesaba, impasible, en la balanza. Cuando la señora Sosland esperaba a que le entregaran el paquete, el señor Paso encargaba un frasco de Loción Capilar Weissmüller. La señora Sosland no podía dormir porque a la noche era imposible encontrarse con el señor Paso y el señor Paso no necesitaba estrictamente aplicarse la Loción Weissmüller –tenía una cabeza sin blancos, sin entradas– pero aun así lo hacía con tal de entretenerse frente al espejo del botiquín del baño, mientras su mujer lo esperaba en la cama hasta quedarse dormida. Las noches del señor Paso y la señora Sosland parecían interminables. También su sentimiento.

Una vez los vi en el cine. La señora Sosland se había sentado en una de las filas de adelante y el señor Paso dominaba la panorámica de la sala desde el fondo. La señora Sosland se daba vuelta en la butaca algunas veces. El señor Paso la saludaba desde lejos agitando el programa como si fuera un pañuelo. Cuando la película terminó, se cruzaron a la salida. Qué coincidencia, se dijeron. Si parece mentira, agregó el señor Paso. Se separaron en la esquina. El señor Paso se alejó marchando, en una dirección, y la señora Sosland, tomó, a ritmo de astronauta, la dirección contraria. Había días, como ese, en que parecían tristes.

Y así con todo. La señora Sosland era una loca de los postres. Cada tanto se daba el gusto de ir a la bombonería de Harrod's y ahí compraba esos bloques armados con hostias rellenas de dulce de leche, que un pastelero, con bonete de chef y pinzas de cirujano, bañaba en chocolate. Una tarde, subí con el señor y la señora Paso en el ascensor. La señora Paso estaba alterada y no pudo contenerse. Miraba, desafiante, el paquete de bombones de Harrod's que el señor Paso llevaba en la mano.

–¿Qué es eso? –preguntó la señora Paso. Ni lerdo ni perezoso, el señor Paso dijo:

–Son bombones de dulce de leche, te los traje de regalo. La señora Paso no gritó pero dijo:

–¿Y desde cuándo me gustan a mí los bombones?

–Nunca es tarde –le dijo su marido, totalmente impasible, mientras entornaba los ojos para consultar el reloj.

La señora Paso no dijo nada pero los labios le temblaban y su nariz parecía una aleta peligrosa entre olas de emociones.

Cuando llegaron las fiestas, el ánimo de la señora Sosland y el ánimo del señor Paso coincidieron en un gesto de nostalgia. Los vi parados, conversando, frente al inmenso árbol de Navidad que Paredes había armado, con más voluntad que oficio, en el hall de entrada. La señora Sosland suspiró y el señor Paso no se quedó atrás. Orson pensó que el árbol merecía su sello personal y yo pedí disculpas. La señora Sosland acarició a Orson con su mano flaca y suave. Y el señor Paso miró a Orson con ojos de sana envidia. Los Sosland iban a pasar las fiestas en la casa de la familia Sosland, en Bragado. Eran apenas unos días pero ni ella ni el señor Paso pudieron tolerarlo.

Lo supe cuando los Sosland regresaron. Hacía muchísimo calor. Paredes había desarmado el árbol después del día de Reyes. Una de las esferas que lo adornaban había caído, en un descuido, en la alfombra. El señor Sosland la pisó sin darse cuenta y su mujer lo miró como si fuera un criminal. Resignado, el señor Sosland apoyó la valija, llena de calcos con nombres de ciudades que daban de por sí la vuelta al mundo. Levantó el resto del adorno y lo miró con disgusto, antes de tirarlo al cenicero de bronce. Subí con ellos al ascensor. Llevaba en una mano la correa de Orson y un paquete de la rotisería de la avenida Córdoba en la otra. La señora Sosland, que era tan educada, miró el paquete de la rotisería. Se tapó la nariz y la boca con la mano.

–¿Otra vez? –preguntó, de mal humor el señor Sosland.

Ella hundió la cabeza entre los hombros y bajó corriendo del ascensor sin decir una palabra. El señor Sosland miró el techo del ascensor antes de decirme:

–Disculpe, debe haber comido demasiado en las fiestas. Se siente mal.

Pero al día siguiente, en el hall de entrada, vi a Paredes ayudando a la señora Sosland a llegar al ascensor.

–Solamente un mareo –me dijo Paredes antes de guiñarme un ojo.

Subí con ella. La señora Sosland miraba con insistencia el paquete de la rotisería que yo llevaba en la mano. Lo escondí como pude para que el olor no la molestara.

–No –casi me pidió la señora Sosland–. ¿Qué es eso? ¿Pollo con papas españolas?

Asentí, avergonzada, y le pedí disculpas. Ella sonrió.

Cuando el ascensor llegó al cuarto piso, la señora Sosland no quiso bajar. Se ofreció a acompañarme hasta al 7° porque, aseguró, tenía que hacer algo en la calle antes de volver a casa. Me dijo que el olor de mi comida le había dado hambre y me preguntó si la rotisería estaba abierta todavía. Miré el reloj.

–Lo dudo, dije.

A la noche, cuando saqué a Orson para su ronda nocturna, pasé por el restaurante del Bajo. Sentados en una mesa de la ventana, vi a la señora y al señor Sosland. El señor Sosland estaba de mal humor. Su mujer comía, feliz y rápida, una pata de pollo con papas finas como láminas.

El escándalo se desató en medio de una reunión de consorcio. Ahí estábamos todos. La orden del día era discutir algunos puntos importantes. En primer lugar solicitar a los Wilkinson, del 7°, que tiraran las botellas por el incinerador en vez de dejarlas en las escaleras de servicio. También había que decidir si se intimaba al príncipe Olenski para que pagara las expensas. No había qué hacerle. El señor Sosland se oponía a las sugerencias conciliadoras del señor Paso. La señora Sosland, avergonzada, miraba para otro lado. La señora Paso gozaba, con ojitos de diamante, la vergüenza de la señora Sosland, y esa noche se mostró totalmente de acuerdo con las opiniones litigantes del señor Sosland, aunque evitaba, como siempre, dirigirle la palabra. En medio de la discusión, la señora Sosland se desmayó. El vecino del 1° C, que era médico, no se hizo esperar. Le hizo un par de preguntas a la señora Sosland y después sonrió con su cara de cigüeña.

–Estimado –dijo el doctor D'Alessandro al señor Sosland–. Su señora está embarazada.

–Eso es imposible –dijo el señor Sosland. Y yo les agradecí a todos los santos que no viera al señor Paso, quien aprobaba, asombrado, con la cabeza.

El señor Sosland agarró a su mujer del brazo y se la llevó por el hall. El señor Paso, con las manos metidas en los bolsillos de su traje gris, negó, triste, una y otra vez. A su lado, su mujer se veía tensa, entre extremos más bien inconciliables. Parecía a la vez furiosa y satisfecha.

Todo cambió ese día. Me encontré, al siguiente, como siempre, a la espera del ascensor, con el señor Paso, a última hora de la tarde. Sacó cuanto tema existe en el repertorio entre vecinos con tal de

demorarse. Pero de la señora Sosland nada. Y así tres días.

Al cuarto, el señor Paso me encaró:

–Por favor –me dijo y me dio un sobre.

Pero la señora Sosland casi no salía, y en todo caso nunca estaba sola. Me encontré un par de veces con su marido en la rotisería. Él se encargaba ahora de todo cuando volvía del trabajo. El mensaje de amor me pesaba en la cartera.

Paredes aseguraba haber oído, mientras barría las escaleras de servicio, una terrible discusión en casa de la familia Sosland. Entre gritos y súplicas, portazos y malos modos en general, oyó al señor Sosland condenar a su mujer por traicionarlo, a su mujer asegurarle que nunca había dormido con el señor Paso, al señor Sosland retrucarle que lo mismo podía decirse de ellos últimamente. Seguía sin poder entregar el mensaje. El señor Paso, con su cara agotada al volver del trabajo, corría hasta alcanzarme mientras Orson y yo esperábamos el ascensor. Miraba para un lado, para el otro. Cuando entrábamos, arqueaba una ceja y yo negaba, triste, con la cabeza. Debo admitir que cuando se bajaba en el cuarto piso yo experimentaba un sentimiento doble, combinado: alivio porque se había ido y una imperiosa necesidad de hacer algo.

Los movimientos del señor y la señora Sosland se volvieron misteriosos, aunque fáciles de interpretar. Una mañana salí con ellos, bien temprano, del edificio. La señora Sosland llevaba un frasco envuelto en papel de diario en una mano. Cuando volvía de pasear a Orson, ellos regresaban. La señora Sosland tenía una gasa pegada al brazo. Le habían sacado una muestra de sangre. A su lado, su marido la miraba con desconfianza.

Días después, la señora Sosland se sintió mal. Estaba pálida y temblaba. Era la única vez que me la encontraba a solas pero no tuve tiempo de entregarle el sobre.

–Los resultados dieron negativo –me dijo la señora Sosland.

Me quedé helada.

La señora Sosland negó con la cabeza y empezó a llorar.

–No sé qué pasa –dijo.

Fue entonces cuando su marido nos alcanzó. Se dio cuenta de que estábamos hablando.

–Está todo acá –me dijo, más enojado que nunca, señalándose la cabeza con un dedo. La noticia, en vez de aliviarlo, lo había enloquecido.

El asunto ganó el consorcio y los secretos de la parte de servicio. Regina, la mujer de Paredes, estaba convencida, como todos, de que el romance entre el señor Paso y la señora Sosland no había pasado a mayores.

–Ella no miente –decía Regina, mientras lustraba los herrajes de bronce de la entrada–. Yo le creo, es una mujer de su casa –agregó, sin mirarme, con absoluta naturalidad–. Como la Virgen, usted sabe.

La curiosidad, sumada a las ganas de ayudar, me llevaron a un plan que dio buenos resultados. Ya que era imposible darle el mensaje de amor del señor Paso, lo abrí para memorizarlo y repetírselo a la señora Sosland ni bien tuviera medio minuto a solas con ella. El papel, doblado con cuidado, decía en letra negra y clara: Todo. Al otro día, en el hall de entrada, mientras el señor Sosland revisaba la correspondencia, aproveché para inclinarme al lado de la señora Sosland, que acariciaba, melancólica, a Orson y le dije:

–El señor Paso le manda este mensaje: Todo.

La señora Sosland me miró con gratitud.

Los pechos de la señora Sosland ganaron al poco tiempo tamaño e intensidad. Sus facciones se alteraron. Tenía los labios hinchados y se quejaba de terribles dolores en la espalda. Dejó de usar esos bonitos cinturones de la casa Herse. Su simpatía por Orson era exagerada y le encontraba el lado bueno a casi todas las cosas. Si veía un chico jugando en la vereda, sonreía, plena de satisfacción. Cualquier malentendido entre vecinos la hacía llorar. Al entrar en el ascensor sonreía, como de costumbre, pero ahora mano en panza.

Durante esos meses, la rutina del señor Paso permaneció invariable. Volvía de La Continental llevando el portafolio que ahora parecía más pesado que un baúl. Imagino que como ya no podía encontrarse a la señora Sosland en la farmacia, no compraba, como antes, los frasquitos de Loción Capilar Weissmüller. Pero empezaron a hacerle falta. La señora Sosland ya no iba a la farmacia porque su marido se encargaba prácticamente de todo. Por otro lado, ya no necesitaría tomar pastillas de Neurotónico Andrómaco. Las embarazadas duermen como locas. Sin importar ni la verdad ni la magnitud del embarazo. La rutina del señor Sosland sí que cambió radicalmente esos días. Dejó su traje azul oscuro y optó por ropa informal, era evidente que no pisaba la oficina. Cambió su auto por uno más chico y su costumbre de pagar las expensas con puntualidad por largas cartas en que excusaba su demora ante el consejo administrativo, alegando problemas personales que siempre enmarcaba entre irónicas comillas. Paredes se quedó sin la propina

mensual que recibía puntualmente de manos del señor Sosland y eso solo vino a aumentar la antipatía que ya le profesaba. Al regresar de sus paseos con su marido los sábados a la mañana, la señora Sosland volvía con dos barras de chocolate amargo Águila, en vez de los bombones prolijos y esmerados de Harrod's.

–La familia Sosland se agranda, ya tiene contracciones –me gritó Paredes una noche cuando volvía de pasear a Orson.

Ni tiempo de llegar a la clínica. En la escalera de servicio que daba al cuarto piso, me encontré con varios vecinos. La mujer de Paredes mataba los minutos en las cuentas de un rosario. Se abrió la puerta del ascensor. Era el doctor D'Alessandro. El señor Sosland abrió la puerta y al rato oímos el llanto. De la señora Sosland. Desde la puerta de su departamento, el señor Paso oía todo y se tapaba las orejas con las manos. Detrás de él, la señora Paso escupía maldiciones.

Una semana después, la señora Sosland y el señor Paso procedieron. El señor Sosland sospechó al descubrir que le faltaba la valija con los calcos de las ciudades del mundo. Y la señora Paso desconfió cuando su marido le anunció que salía más temprano porque tenía que hacer un trámite. No iban a volver. Lo supe el día en que subí en el ascensor con el señor Sosland y la señora Paso. Fue la primera vez en la vida que los vi saludarse. Bajaron en silencio. Cuando la puerta se cerró, los vi mirarse, enfrentados, con un gesto que yo había visto antes, esa forma en que se mira la gente a la que une la experiencia.

Siesta argentina

Los recién llegados al edificio se hicieron sentir mucho antes de instalarse. Hicieron cambios profundos en el departamento del piso de arriba. Era una familia de señor y señora y pareja de hijos. Una familia que, al estar en obra, obraba. De la siguiente manera. Que yo he vivido así.

Era difícil tirarse en la cama y entrar en estado de siesta porque en el piso de arriba había un carnaval demoledor. Martillaban las paredes. Martillaban y martillaban, imponiendo esa palabra metálica y estridente que perfora la cabeza. A la mañana temprano no había tanto ruido: pasos arrastrando bolsas y los sonidos amortiguados del ascensor en la parte de servicio. De a poco me entregaba, al rato me habituaba, los ruidos tenían un ritmo oculto y yo podía descubrirlo, adaptarme y ceder, hasta me sorprendía cabeceando. A eso de las 11 se les caía algo, pesado como una bomba puntual y al mismo tiempo sorprendente. De ahí hasta las 2 de la tarde las cosas mejoraban. Pero a las 3, que es la hora de la siesta argentina, entraban en funciones y la obra se ponía realmente en movimiento.

Mazas, y el campanazo de monasterio zen en el centro de Buenos Aires. Sierras. Nunca un silencio porque siempre en el fondo golpeaban los martillos. Clavos. No voy a hablar del monstruo de las gárgaras de la cañería. Ni de que algunas mañanas al abrir la canilla saltaba un chorro de agua turbia como el agua del río que corría, paralelo, a pocas cuadras. A veces los hombres se hablaban brevemente, con las voces raspadas porque tenían que gritar para escucharse. Dejo de lado el tema del polvillo, o las huellas en la escalera. Yo nunca protesté. Me abstuve de presentar una queja al consorcio. Para ser sincera, desconfiaba más de la llegada de la familia que de todos esos ruidos y sus derivaciones. Si se anunciaban así, qué podía esperarse. En realidad no me importaba que la obra se prolongara al infinito. Cuánto más tardaran en arreglar el departamento, más iban a tardar en llegar sus habitantes.

Fue en una mañana de abril. Los pájaros cantaban en el contrafrente. La luz radiante del sol lastimaba los ojos. Se me había

dado por ordenar el ropero y ahí encontré uno de los legados –indelegables– de la familia: un payaso de cristal de Murano que mi madre había guardado cuando se lo regalaron, para no ofender. Lo había preservado de caídas y accidentes con un cuidado extremo, parecido a la culpa. Dejé la figurita temible donde estaba y también dejé de ordenar. Por las ventanas entraba una corriente de aire helado que cruzaba como un fantasma todo el living. Era un día de otoño demorado, perfecto para tomarse una licencia. Podía regalarme una siesta a deshoras, un sueño lateral. Había más ruidos que a la noche pero eran ruidos de la vida: los ecos de la calle, la sirena ultrasónica de alguna emergencia, una radio, la marcha de la obra en el piso de arriba. Sólo tenía que bajar las persianas, graduar la oscuridad, tirarme en el sillón, cerrar los ojos y dormitar entre sonidos familiares. Ya eran las 11, faltaba poco para que un peso se desplomara contra mi techo. Podía vivir con eso, y de hecho lo esperaba. En cambio –mal cambio– oí las pisadas de un chico que repetía una y otra vez el mismo circuito en el piso de arriba, siguiendo un patrón regular por toda la casa. Estaba aburrido. Me di cuenta porque cuando estoy aburrida yo también camino por toda mi casa. Pero no hago ruidos.

No estaba solo. Otra persona menor de edad merodeaba la zona. Usaba taquitos, así que supuse que era una chica argentina. Daba zancadas en el cuarto que estaba encima de mi escritorio, seguramente midiendo el espacio disponible para los muebles que pensaba traer en breve. ¿A qué se debería su desfile hiperquinético? ¿Estrenaba zapatos, perseguía algún insecto? Ni hablar de cuando, contrariada por algo, se despachaba con un solo de malambo.

Entonces vino lo peor. Llamé el ascensor para salir a dar una vuelta con mi perro y como soy una persona consecuente, cuando llegó procedí a subirme. Pero no tuve tiempo de presionar el botón de planta baja porque me llamaron desde arriba. Entonces tuve que subir contra mi voluntad hasta el octavo piso. Y los vi a todos.

La dueña de casa, el cerebro de esa obra que alteraba mis horarios, abrió la puerta tijera rápidamente. Llegaba tarde a algún lugar y dijo, en tono imperativo: vamos chicos. Como los chicos no venían, apareció, en su defecto, el marido. Me preguntó ¿sube? Dije: bajo. Sus orejas eran pequeñas y redondas como las de un oso. Los ojos parecían dos ciudades, o una partida en dos por un río. Dos ciudades porque estaban llenos de sentido –las ciudades lo están–.Ese hombre parecía un mundo, y era un hombre de mundo.

–Un hombre de negocios –me dijo Paredes, el portero, torciendo la boca. Qué cara.

El señor entró, rebotó como un punching bag, saludó y miró a mi perro, Orson, que ni lo tuvo en cuenta. Entonces el resto de la familia subió de un salto al ascensor. Parecía que el ascensor era un barco y se escoraba por el contrapeso, que yo quise balancear.

Me hundí en mi rincón del ascensor y empecé a contar números blancos sobre un fondo negro. Mi situación era incómoda, acorralada por personas que me ignoraban por completo. Entre sus espaldas y la pared, gozaba, dentro de todo, de cierta libertad para mirar. Aproveché la concentración de la familia en sus propios asuntos para observarla. Se habían trenzado en una discusión que no tenía salida. La agitación cedió de pronto, inopinadamente. Cuando pasábamos del primer piso a planta baja dejaron de hablar. No fue una tregua pacifista. Se preparaban para bajar del ascensor, que se escoró un poco por el desbalance, como una nave en la regata de una publicidad de colonia para hombres.

El padre de los hijos olía a after shave. Y la hija se había bañado en perfume. Tanta colonia producía un efecto entre fúnebre y narcótico. Ya en planta baja, se atoraron en la puerta. Me pareció fuera de lugar que el marido no le cediera paso a su mujer y quisiera salir primero. Por eso entendí la reacción airada de ella, que le ganó por media cabeza. Los padres fueron superados en conjunto por los hijos, que los dejaron rápidamente atrás y se alejaron discutiendo por algo que parecía importante. Nadie se molestó en ayudarme a cerrar la puerta. Me imagino que creyeron que era la parte que me tocaba, mi prenda por salir última en ese juego loco de salir del ascensor.

En el edificio todos hablaban de la obra. Y había quien prefería calificarla de remodelaciones. Nunca entendí qué estaban modelando de nuevo pero algo era seguro: modelaban desde la raíz. Me costaba preservar las nociones básicas de ubicación espacial y cordura física: no sabía si temblaban las paredes de mis tímpanos o las de su departamento. Lo cierto es que en la escala del temblor, las sacudidas eran fuertes. En ese sentido, no sonaba fuera de lugar cuando alguien hablaba de refacciones. Me lo dijo Paredes:

–Todo hecho a nuevo.

Por esa afición a la novedad, nada quedaba en pie. Y todo era sacado de contexto. Una tarde, dos albañiles bajaron una puerta por la escalera, con los brazos en alto. Parecía que llevaban una camilla con un paciente invisible y delicado encima. Se daban instrucciones con palabras que los otros repetían en eco –va, atrás, sí–. Igual que en una clínica o un entierro. Miré la puerta, ya inútil, exactamente igual a las mías, que eran, como esa, de las originales. Pensé que si discutía

con alguien en un lugar sin puertas la cosa no pasaría de un tibio intercambio de palabras porque todo pierde encanto en una discusión sin el recurso de pegar un buen portazo.

A veces llegaban refuerzos. Un día pasó por mi ventana un pintor sentado en una tabla colgante de madera. Cuando el hombre terminó de pulir la fachada del departamento de los vecinos, crucé a mirarla desde la plaza. El blanco liso y nuevo contrastaba con el gris gastado del edificio y lo hacía quedar mal, como una mancha de limpieza.

En ese tiempo todos teníamos calendarios de animales en la cocina, regalo de la tintorería o el almacén. El clásico era el almanaque con la foto de un canario. En los años bisiestos me tocaban los gatitos siameses –siameses de raza pero tan juntos en la foto que parecían hermanos siameses. Yo marcaba fechas de vencimiento y cumpleaños. Subrayaba los fines de semana con la esperanza de que llegara un poco de silencio. Pero los sábados ellos seguían adelante con la obra, como si corrieran una carrera contra el tiempo. Los domingos, en cambio, no se oía ni un ruido en el piso de arriba. El día se convertía en una siesta continuada, de la mañana a la noche. Que era como una no siesta, si lo pensaba un poco. Yo aprovechaba para leer, con más voracidad que concentración. Al atardecer, cuando la biblioteca me hundía en la sombra, abría la ventana para salir a flote. Tan grande era la calma anterior a la tormenta de los lunes.

Poco después empezaron a llegar los materiales nuevos. Pasada la demolición, venía la etapa constructiva. Esperaba el ascensor con Orson hasta que perdía la paciencia. Después bajaba los siete pisos por la escalera, y más de una vez tuve que empujar al pobre perro, que tenía su carácter y se empacaba en los rellanos. Al bajar me cruzaba con los albañiles que subían cargando baldes y cajas para la obra de la familia Keops. Llegaban encomiendas con el nuevo piso de parquet, latas de pintura, bolsas que después bajaban cargadas de escombros.

Nunca podré olvidar ese 21 de septiembre. Los estudiantes del liceo celebraban el comienzo de la primavera con un picnic en la plaza. Un grupo practicaba puntería con balas de pan y de manzana. Otros tocaban la guitarra, que hubieran hecho bien en olvidarse en el ropero. La plaza estaba minada, si daba un paso me arriesgaba al resbalón. Las flores estaban en flor y un olor dulce y cargado subía desde el pasto. La vida reverdecía, habían engordado las palomas. La humedad también traía aguaciles. De la ventana del octavo piso de mi edificio colgaban unas sogas. Dos albañiles hacían maniobras para levantar por el aire una bañadera. Era una tarea lenta y delicada. Al

rato la bañadera ya estaba a la altura del segundo piso. Me malicié inconvenientes, y calculé que iban a perjudicarme. Cuando entré a mi departamento la bañadera chocaba de frente contra mi ventana.

–Un fallo de cálculo, –me dijo el capataz de la obra cuando bajó a disculparse.

La familia venía cada vez más seguido. La obra les estaría costando una fortuna. La mujer siempre estaba apurada y nerviosa. No se privaba por eso de aconsejarle al marido que se tomara las cosas con filosofía. ¿Cuál es el apuro?, le decía al marido que se quejaba por las demoras en la obra cuando compartíamos el ascensor. A veces se desquitaban con los chicos que no tenían, después de todo, la culpa de nada.

Los vestían con ropa de muñecos, única en la ciudad. Esos chicos hablaban en un dialecto extraño –basta se decía bast, imbécil era imbácil, y vist –por viste– vist, todo el tiempo. Se hacían los tentados para ofenderme y se habían apoderado del ascensor. A la hora que fuese, los días en que la familia venía a supervisar la obra, los encontraba en el ascensor, a veces sentados en el piso, matando el tiempo. Me imaginé que habrían vivido siempre en una casa y que por eso les divertía subir y bajar con los vecinos, o que el ascensor sería para ellos una especie de zona neutral, de refugio improvisado para escaparse un poco de los padres.

La mujer se presentó formalmente una tarde cuando nos cruzamos en la calle. Se disculpó por los dibujitos y los anónimos que sus hijos me pasaban debajo de la puerta cuando los traían con ellos. Hubiera preferido que no lo mencionara. Mi forma de protegerme era no darme por enterada. Pero la señora quería que los chicos me pidieran disculpas. Le dije que no era nada porque sinceramente para mí eso era nada. Si esa mujer se hubiera puesto en mi lugar cuando su hija ensayaba *Yo vendo unos ojos negros* con la guitarra en la escalera, me hubiera entendido. Si hubiera escuchado desde mi cocina cuando después la nena cantaba *Perfidia*, su actitud hubiese sido otra. Si hubiera abierto la puerta de mi casa los días en que su hijo enganchaba en el picaporte, del lado de afuera, las botellas de leche que repartía a la madrugada el lechero, hubiera visto el asunto con otros ojos. ¿Qué mal podían hacerme, en comparación, esos dibujos y mensajes?

Un domingo coincidimos todos en el ascensor de servicio. Los cuatro estaban de punta en blanco. Podían venir de una fiesta o ir a un entierro. Los chicos estaban tranquilos y callados. El padre le cedió el paso a la mujer antes de salir. Todo parecía normal y al mismo tiempo

triste, raro.

La chica crecía de golpe. Monumental. Qué chica grande. Pero tenía las uñas mordidas. Y un borde de infección en fuego alrededor. Los nudillos marcados. Y los hombros caídos en un gesto resignado. Cuando compartíamos solas un viaje de ascensor, la chica enfocaba un punto fijo en el aire y miraba, concentrada, sin pestañear. Un día le hablé y tuvo que mirarme. O estaba sin dormir o había estado llorando o las dos cosas y, aunque era algo tan evidente que nunca me había detenido a pensarlo, me di cuenta de lo joven que era.

–Adiós, gracias –fue todo lo que nos dijimos, al despedirnos. La esperaba su hermano con unos amigos. Otro que pare cía haber crecido en días. No sé cuántos años tendría. Pero él estaba seguro de que tenía más. La hermana pasó a su lado sin mirarlo. Sin mirar tampoco a sus amigos. Los chicos la rodearon. Y él cerró el círculo para enfrentarla. Algo está mal, me dije. También pensé que a lo mejor exageraba. Pero el hermano le pegó, con la mano abierta, en la cara a su hermana. Y hasta sus amigos retrocedieron. Ella no. Bajó la vista y como pudo se abrió paso y avanzó.

Sus taquitos resonaban en el pasillo de la entrada. Salió a la calle y yo salí corriendo atrás. La vi doblar rápidamente en la esquina. En casa, me tiré a dormir la siesta pero no pude descansar. El sol estaba en su lugar, no había martillos, ni carreritas locas, ni perfidia ni ojos negros, pero no dormí. Me quedé despierta por ella. Era lo menos que podía hacer. Era mi forma de transmitirle mi comprensión telepática, de enviarle fuerzas mentales, y de rendirle una especie de homenaje. La imaginaba en la calle. ¿Tomaba aire y trataba de recuperarse? ¿Estaba pensando que la vida era así? ¿Iba en el colectivo a lo de una amiga y planeaba un desquite mientras miraba la calle? ¿O estaba en un banco de la plaza, en la sección de los que lloran? Daban ganas de salir a buscarla. Y sin embargo, la indignación que sentí esa tarde no fue nada comparada con la que sentí al otro día, cuando los vi hablando, relajados, en el hall de entrada. La chica estaba apoyada contra una pared, con los libros del colegio entre las manos. Y el hermano decía cosas que, a juzgar por las risas de los dos, eran muy graciosas. Cuando pasé a su lado, me ignoraron. Fue el colmo.

No me acuerdo de la fecha en que empecé a complotar, quejándome, como quien no quería la cosa, por la obra y sus numerosas infracciones al reglamento de copropietarios. Hablé con Paredes y los vecinos que me cruzaba en el edificio y sus inmediaciones. La señora Llorens se abstuvo de opinar sobre los ruidos a la hora de la siesta porque ella a esa hora, me dijo, no estaba en casa: tra-ba-ja-ba. Los Wilkinson me aseguraron que como tenían

un sueño muy profundo, no oían nada. Yo aprovechaba cuando alguien me preguntaba cómo estaba para decir: cansada, no puedo dormir por los ruidos de la obra del octavo. Slavomir Olenski, el vecino polaco y traductor, me dijo que no podía quejarse porque, lamentablemente, era insomne turno completo. Fue imposible tratar de acercarme a la señora Blanco, porque, como siempre pasa con algún vecino, me había retirado el saludo hacía tiempo.

Cuando finalmente se mudaron, opté por la diplomacia. El camino beligerante había fallado y después de todo seríamos vecinos. Los vi llegar una mañana. La mujer traía una valija. Y el marido su juego de palos de golf. Los chicos trabajaban a la par de los empleados de la mudadora. Subían y bajaban con los canastos y apilaban sus libros en la vereda, al lado del camión. Yo abrí el ropero, busqué papel de regalo, envolví el payaso de Murano y subí al octavo piso a darles la bienvenida y presentar credenciales.

La casa brillaba como un jabón mojado y la mujer, sonriente, dijo que mi regalo era bonito y original.

–Es más –agregó mientras le buscaba un lugar –. Va a quedar bien en la repisa— dijo, mientras sancionaba con una mueca la sonrisa filosa en la cara de sus hijos.

Después de tantos días, semanas y meses tachados en el almanaque del canario, habían llegado. Sentados entre los canastos, tomamos juntos un té que podría haber rechazado para no abusar de su hospitalidad, aunque eso sólo se me ocurrió después. Mi indiscreción no demoró su mudanza. Esa noche durmieron en el departamento y al poco tiempo ya se habían instalado para siempre. A la noche cocinaban sus comidas. Trajeron cosas y amigos, su radio, su televisión, su lustradora, cada una con su música.

–Tienen problemas –decía, a veces, Paredes, negando con la cabeza. Después bajaba la vista y me negaba el secreto aunque yo, por discreción, no iba a preguntar–. Tienen problemas –y una vez que lo había dicho parecía que Paredes, como siempre, tenía razón.

Me daba mala espina. Nadie quiere que a las familias les vaya mal. Todos formamos alguna vez parte de alguna.

Había domingos en que subir con uno de los hermanos en el ascensor era como llegar a casa un poco antes. La mujer me tuvo preocupada, como se dice, cuando la noté pálida y callada. Y el señor de negocios dirige los problemas del consorcio como si fuera en sí mismo toda una asamblea. Después de Navidad se van de vacaciones, y yo veo crecer la pila de cartas en su casillero. Cuando salen juntos es como si fueran una raza en sí mismos. Los padres van

adelante. La chica de un lado al otro. El hermano camina con las manos en los bolsillos. Cuando cruzan a la plaza, se da vuelta y mira para arriba. Yo cierro la cortina. Puedo darme el lujo de una siesta argentina.

A la mañana, confío en ellos para despertarme. Me levanto con los ruidos que salen de su ventana y llegan, amplificados, por el contrafrente. Ya aprendí a disfrutar de los beneficios secundarios de tenerlos de vecinos. Los efectos primarios son complejos. A veces hasta da la impresión de que una nunca puede estar realmente sola. ¿Dónde termina su piso y empieza mi techo?

¿Saben tanto de mí como yo sé de ellos? Conozco sus secretos. Me doy cuenta si pelean porque las puertas nuevas se salen de quicio cuando las cierran de un golpe. También que hay días en que alguno está contento porque la música suena a todo volumen y en el piso de arriba esa persona se regala el número secreto de un baile. No es mi música preferida, pero es contagiosa y suena bien. Me levanto de la cama y voy a la cocina. Pongo el agua a hervir. Agrego unas hebras de té. El vapor sube y lo miro. Llega hasta la grieta que va de una punta a otra del techo. La que me niego a reparar en la confianza de que todo tiene un tiempo.

El Brenda Meyer Club

a Enrique Solinas

En el cartel pegado en la entrada del Brenda Meyer Club, leí nombres de ciudades que no conocí nunca. Cincinnati, Phoenix, Illinois, Idaho. El nombre Brenda Meyer no desentonaba en esa lista de filiales, que sí sonaban fuera de lugar, en cambio, esa tarde en Buenos Aires.

Leí Brenda Meyer y repasé en flash la película de la parte de mi vida en que me dediqué a mirar las de ella. Qué mujer.

Había tomado un colectivo hasta Belgrano para cobrar la pensión que nos había dejado a mi hermana y a mí nuestra madre y que mi hermana me había cedido para pagar las expensas. Antes de ver el afiche me di cuenta de que había caminado de punta a punta la Avenida de los Incas, y que era la primera vez en la vida que formaba parte activa de esa calle por la que sólo había pasado, seguramente a bordo de un colectivo o de un taxi.

Emotiva apertura, decía el cartel, en letras chicas y negritas.

La frase podía disuadirme porque esa tarde había sido para mí muy emotiva y, más que abrir, había cerrado mi última esperanza. El empleado del banco me había dado apenas un billete que, si tenía suerte y no había tráfico, podía alcanzarme para pagar el taxi de vuelta a casa. Ahí estaba, sin saber qué hacer, porque mis planes para el día se habían venido abajo, y el Brenda Meyer Club parecía más tentador que un cine o que la calle en general o que un museo. Entré a la emotiva apertura, por una puerta que era, en verdad, más apertura que emotiva, y pagué mi entrada, con consumición –también con los pesos que tendría que haber reservado para el taxi de vuelta–, a un señor llamado Aníbal Borderau, dueño de la casa, de la sede del club y del garaje en que había una librería de usados.

Aníbal Borderau era el presidente del club, su socio fundador, su

tesorero y panelista. La entrada al Brenda Meyer Club era un número impreso en uno de esos tacos celestes que venden para rifas. Aníbal Borderau me dio el número 2, aunque en realidad era la primera entrada que vendió esa noche. Por eso quiero a las palabras. No son tan imprecisas, tan infieles a la verdad, como las cifras.

Aunque, me dije, la tragedia de Brenda Meyer, su conversión, por tanto, en figura legendaria, se debía a un número porque Brenda Meyer se había esfumado del mundo del espectáculo al confirmar que, nominada para el Oscar como actriz de reparto en varias ocasiones, jamás llegaría a ser la número uno. Números. Y palabras. Brenda Meyer.

Una pregunta. Brenda Meyer se había convertido en una pregunta y como cada pregunta es el centro de un caleidoscopio, una pregunta quiere decir una serie de preguntas. Por qué se retiró. Por qué, poco conforme con eso, había desaparecido. Por qué se desmayó en el escenario de un teatro de Londres mientras ensayaba una obra, bajo un nombre falso. Decían que en ese momento ya era difícil reconocer en esa mujer prácticamente desvalida los rasgos de la actriz que había sido. Sólo entonces se supo que Brenda Meyer no era un nombre artístico. Brenda Meyer se llamaba Brenda Meyer. Nombre de *super star*. Y las estrellas de su tipo sólo podían brillar en el *star system*.

Cuando yo era chica y veía esas caras satinadas en *Sábados de super acción*, no había tarde en que ella no estuviera, entre una película protagonizada por un monstruo con aletas y agallas, y la transformación de Ray Milland en el hombremosca. Brenda Meyer había merecido un culto, una pasión subterránea que circulaba como una enfermedad entre sus admiradores. Algunas imitaciones impuntuales y malogradas. Y el club de fans.

Los fans de Brenda Meyer eran, como su nombre lo indica, verdaderos fanáticos, y cualquiera está enterado de que esa clase de personas no se rinde fácilmente. Durante años, mientras yo leía y estudiaba, mientras ensayaba el pasito de moda durante horas frente al espejo, mientras asistía, con impotencia, a mi madre, mientras fracasaba en un compromiso matrimonial – si la fuga es una forma del fracaso–, los fanáticos de Brenda Meyer no cesaron en su busca. Mitines febriles en Dublin, San Sebastián, Guadalajara. Sótanos llenos de señores y señoras que hablaban idiomas diferentes y sólo compartían dos palabras: Brenda Meyer. Opinaban. Tramaban desagravios. Brindaban en el aniversario del estreno de la *Banda de Rix.* No se perdían la oportunidad de anunciar la reposición de *Muerte rubia* en un canal de cable. Hasta se disputaban la autenticidad de ciertas reliquias. Un autógrafo, medio borrado, en una servilleta que

aún olía a bourbon; un mechón de pelo de muñeca –pero su pelo era igual al de una muñeca–. El bretel amarillo de un corpiño que alguna vez fue blanco. Reliquias de Brenda Meyer. Se había inmolado a su favor, siendo a la vez la mártir y la diosa que merece el sacrificio. Como suele suceder en estos casos, si había un club de fans era porque había varios y todos proclamaban su legitimidad en contra de los otros. El de la Avenida de los Incas era la sede de uno de esos auténticos clubs de fans de Brenda Meyer, probablemente desprendido de la raíz por un cisma inconciliable. Cincinatti, Phoenix, Illinois, Idaho. Buenos Aires, Avenida de los Incas. Emotiva apertura. Sólo media hora después de que mi día hubiera dado un giro que me dejaba, sin recursos, al borde del camino.

A los diez minutos de haber llegado, cuando nadie llegaba al club para asistir a la emotiva apertura, ya me sentía incómoda, bastante arrepentida de haberme dejado llevar por ese afiche, porque Aníbal Borderau me miraba cada vez que abandonaba su puesto en la entrada. Con no poca nostalgia me di cuenta de que en casa, con Orson, mi perro, hubiera estado más tranquila. Eso explica también por qué quise irme, con la mala suerte de que emprendí la retirada cuando las primeras gotas de lluvia caían sobre la ciudad y Aníbal Borderau, entre complacido y decepcionado, me dijo:

–Se largó a llover.

Decepcionado, porque la lluvia repele asociados e invitados a bodas y presentaciones de libros. Complacido porque –pensé– ahora tendría una excusa, sino poderosa, al menos atendible, para explicarse la situación, para justificar ese entusiasmo que obviamente no era compartido. Le dije a Aníbal Borderau que solo me había acercado a la entrada –a la salida– para ver si llovía. Y aunque él no me creyó del todo, leí en su mirada un agradecimiento que era como una orden, por lo que volví a mi silla frente a la tarima, desde la que el mismísimo Bordereau debatiría a solas porque yo no era autoridad en la materia y no estaba de humor para discutir con nadie. Ni siquiera me sentía en condiciones de practicar ese deporte extraño que algunos llaman intercambio de ideas.

Me senté ahí, mientras recordaba que ya no tenía billetes para tomar un taxi, que estaba lejos de casa, que llovía, pero que ahí estaba a salvo como un refugiado, como si la casa, la librería, el club de Aníbal Borderau, fuera una de esas iglesias adonde más de uno tiene que resignarse a pasar la noche.

También –pensé, mientras Aníbal Borderau apilaba volantes en una mesita–, estar en ese club era como no estar en Buenos Aires, aunque

pocas sensaciones podrían explicar, tan bien como esa, lo que es estar en Buenos Aires.

Pero Aníbal Borderau, pese a todos mis reparos, era inofensivo o eso parecía, caminando de una punta a otra de la sala, en que algunos pósters de películas repetían mil veces el nombre de Brenda Meyer, en titulares del espectáculo y revistas del corazón, programas de cines que ya entonces no existían –el Luxor, el Alfil, el Capitol, el Gran Splendid–. Leí, por no mirar a Borderau, el programa de la noche. Una biografía impresa en el revés. Y el apoyo de un único auspiciante: la librería de usados del señor Borderau.

Brenda Meyer, nacida Brenda Meyer, era hija de una profesora de teatro. Brenda Meyer era una buena alumna. Brenda Meyer no engordaba. Los dientes de Brenda Meyer eran sanos y blancos como vértebras sanas. Brenda Meyer fue Ofelia, fue Salomé, fue Blanche, fue Cleopatra, fue un legionario romano y fue Antígona antes de cumplir veinte años. Cuando Brenda Meyer usaba medias de seda, la costura negra resaltaba la perfección de sus piernas. Brenda Meyer no abusaba del alcohol a pesar de que su padrastro había abusado de ella. Brenda Meyer era una precoz Lady Windermere cuando el señor de Mille la descubrió en un teatro de Broadway. Brenda Meyer llegó a Los Ángeles. Brenda Meyer pisó por primera vez un set de filmación. Brenda Meyer le alcanzó un puro a Robert Mitchum en una escena. Brenda Meyer ingresó lentamente en la penumbra oclusiva de la serie negra. Brenda Meyer era la villana. Cómplice apasionada del criminal. Amante despechada de gángsters y detectives. Hacía bien su papel. Era una buena mala. No del tipo de otras. Los personajes de Brenda Meyer hacían el mal como quien hace tortas o equilibrio sobre tacos altos y aguja, sin darse cuenta. Ambiciosas de cabotaje. Herederas fraudulentas con mal gusto a la hora de ir de compras. Tenía el aire inconfundible de una diva, la nariz recta del perfil en primer plano, las uñas demasiado largas para lavar los platos, voz fina y pestañas gruesas. Brenda Meyer tenía todo eso y tenía, además, sobrados motivos para retirarse, después de comprobar año tras año que, a pesar de verla una y mil veces, de conocerla casi como alguien familiar, se negaban a reconocerla.

Aníbal Borderau había puesto un disco. Se presentó, una vez más, y dijo:

–Disculpen la demora. Queríamos dar tiempo a que lleguen los demás.

El plural era tan inapropiado como bienvenido. Para Aníbal Borderau porque él sabría, me dije, que mal de muchos no es

consuelo de tontos, sino de muchos. Para mí porque, por la misma razón, pertenecer a un grupo me gustaba. Insistió en esperar un poco más a la gente. Pero la gente no llegó y en su defecto, una mujer, que se había salvado de pagar la entrada, entró y se sentó a mi lado. El pelo colorado brillaba de spray: gotas de lluvia en prisma sobre su forma de peluca. No tenía menos de sesenta años y lanzó una maldición cuando se miró los zapatos llenos de barro. Me preguntó a qué hora iba a empezar la conferencia. Hablaba bastante mal castellano.

Le pregunté si era norteamericana. Asintió. Quise saber si era su primera vez en la Argentina. Asintió. Quise saber entonces cuándo había llegado y ella dijo:

–Qué se yo. Más de treinta años.

Era obvio que no tenía ganas de hablar. Aníbal Borderau asintió, tosió, saludó a la desconocida con su cabeza redonda y pesada, y habló de Brenda Meyer.

No había película de ella que él no hubiera visto. La había descubierto entre los extras de *Ben Hur*. En efecto, Brenda Meyer se entregaba a curiosos pasatiempos. Uno de ellos era asistir, cada sábado, a las carreras de galgos. El otro, más interesante, decía Borderau, era el de infiltrarse en las hordas de extras, vestida de troyana o piadosa pueblerina, entre la masa que huía, sin sistema, de edificios en llamas y rascacielos tomados por un monstruo, de disparos entre caballos, indios sioux, colonos y cabareteras. La historia que contaba Borderau era interesante. Sobre todo la forma en que hablaba. Por deporte nacional, fui animándome en un tema que no me importaba, y hasta hice una pregunta para ponerlo a prueba. Aníbal Borderau nunca se equivocaba. A mi lado, la mujer asentía y festejaba a lo grande dándole un trago a la petaca que sacaba, una y otra vez, de la cartera. Se le había ido la mano y estaba decidida a ganarle a Borderau. Entonces hizo una pregunta. Para sorpresa de los tres, Aníbal Borderau dudó unos segundos. Se disculpó, con una sonrisa, y la mujer volvió a la carga. Aníbal Borderau no volvió a disculparse. Porque no volvió a quedarse en silencio.

Era una guerra resumida. Aníbal Borderau insistía en decir que Brenda Meyer se había esfumado en lo mejor de su carrera porque el mundo, la industria, el público, el sistema, no daban muestras de comprenderla. La mujer opinaba que decir eso era igual a condenar a Brenda Meyer a un exilio seguro en el desierto de la mediocridad. No era verdad, casi gritaba, mitad en inglés, mitad en mal castellano, que la actriz se hubiera retirado en el mejor momento de su carrera. Nos

había privado, a forma de venganza, de sus mejores aptitudes y en todo caso, casi gritaba, a veces poniéndose de pie para después sentarse otra vez, no le habían dado la oportunidad de enseñar sus dones. Ahora nadie iba a saber de lo que hubiera sido capaz si jugaba un protagónico. No le dieron la oportunidad de demostrar, aunque para ella era evidente, que iba a hacerlo más que bien. Que iba, como dicen, a lograrlo. Aníbal Borderau le daba la razón para enseguida comentar, con displicencia, que ella a su vez le había dado la razón a él, al decir eso. Era un auténtico duelo en que las fechas, los títulos, los nombres de críticos y amigos, de productores y parientes, de amantes y asistentes, de calles donde dicen que tuvieron lugar insólitas anécdotas, desfilaban, veloces, junto a nóminas de platos preferidos, líneas enteras de un diálogo que Brenda Meyer había pronunciado con especial talento, hasta mínimos deslices que sólo un ojo diestro podía haber descubierto en la velocidad de las escenas.

Aunque yo no era fan, tan fan como ellos, ya que estaba quería saber más de Brenda Meyer y esa justa sin sentido entre Borderau y la mujer no aportaba ningún tipo de dato. Dije:

–¿Por qué discuten para ver quién gana en vez de hablar realmente de ella? Ese sería el mejor homenaje a Brenda Meyer. Esté viva o esté muerta.

La mujer apenas me había oído. Apelaba a su nacionalidad para derrotar definitivamente a Aníbal Borderau. En su opinión, el hecho de ser norteamericana le confería autoridad en la materia y le otorgaba ventaja y superioridad incuestionables.

Aníbal Borderau me miró en busca de apoyo. Yo desvié la vista a un lado porque no podía tomar partido y preferí distraerme mirando a una mujer, que era, evidentemente, la empleada del librero, y que servía, en un rincón, jugo de naranja. De un balde de plástico a decenas de vasitos descartables, prolijamente dispuestos sobre una tabla armada encima de un caballete, indiferente a la discusión y a la cantidad de sillas vacías que nos rodeaban a la mujer y a mí como leales fantasmas de la no menos fantasmal Brenda Meyer. Borderau decía:

–Señora –y miró el techo, dando a entender que la mujer no merecía su respuesta–, con semejante falacia nacionalista, usted echa por tierra gran parte del saber universal. Según su parecer, Heródoto carecía de autoridad para hablar del pasado de tierras extranjeras, los escritos de Freud sobre Da Vinci serían una necedad, Thomas Mann no tendría que haber escrito *Muerte en Venecia* y Shakespeare tendría que haber tomado la precaución de no escribir *Hamlet* ni *Julio César*.

Usted debe creer que un egipcio, por ser egipcio, sabe más de Tutankamón de lo que sabía Lord Carnavon.

Si sólo media hora antes, cada vez que asentía, la mujer tomaba un trago, me di cuenta de que había relacionado mal la causa y el efecto porque no la había visto en acción cuando estaba en desacuerdo. Mientras le preguntaba a Borderau qué tenía que ver Tutankamón en el asunto, se entregaba a un alcohol que, en su caso, más que pendenciero, parecía la pócima de la rivalidad eterna. Qué mujer.

Pero Aníbal Borderau no se acobardó. En lo más mínimo. Por el contrario, casi gritó:

–Y si no está de acuerdo, si no le gusta lo que digo, si no puede hablar conmigo de manera educada, puede retirarse, puede irse ahora mismo. Yo soy el presidente del Brenda Meyer Club de la Argentina y puedo entonces decir lo que me parezca.

Como era de esperar, ella no se quedó atrás.

–No habría club –dijo, sardónica, buscando mi perfil esquivo con sus ojos, mientras blandía la petaca como una espada libertaria–, si no hubiera asociados.

Entonces fue mi turno. Porque las cosas habían superado la medida de lo razonable. Porque yo había pagado mi entrada y merecía tranquilidad, además de enterarme un poco más de quién había sido, después de todo, Brenda Meyer. Podían dirimir sus desacuerdos en la vereda o un rincón de la casa, pensé, mientras la mujer volvía al ataque, casi fuera de control, aunque al mismo tiempo en foco, hasta contenta. La enfrenté sin rodeos y le dije:

–Y menos habría club de no ser por Brenda Meyer, quien parece ahora menos importante para ustedes que su empeño en tener razón.

Entonces fue mi turno.

–¿Qué dijo? –preguntó la mujer, visiblemente alterada–.

¿Quiere decir –siguió– que Brenda Meyer no era nada sin su público? Eso es lo mismo que decir que ella dejó de existir porque desapareció. Eso es darle la razón a quienes por envidia, indiferencia o negligencia, póngale usted el nombre que quiera, arruinaron su carrera. Brenda Meyer no necesita que hablemos de ella. Somos nosotros, en todo caso, quienes sentimos la necesidad de hacerlo. Mujer de Dios –concluyó, al tiempo que negaba furiosa, con la cabeza, para agregar–: Usted no entiende nada.

–En efecto –dijo Aníbal Borderau, mientras se ponía de pie y daba por terminada la emotiva apertura–, el hecho de que nos haya

abandonado, no quiere decir nada y quiere decir todo. Nuestra apasionada discusión no es más que una muestra de fervor, desmedido, si usted quiere. Pero así son las pasiones, así funciona el sentimiento, déjeme que le diga –me dijo antes de pedirme permiso para hacerlo.

–Por supuesto –se atrevió la descarada, poniéndose también de pie pero a los tumbos.

Admito que mi reacción fue excesiva. También que no estaba en uno de mis mejores días. No tenían derecho a agarrárselas conmigo. Una serie de respuestas claras y cortantes se me vino a la cabeza pero me limité a bajar la vista, dejar la silla y apartarme de ellos, ofendida.

Los cordiales intentos de Borderau para calmarme, las intimaciones impacientes de la mujer para que reconociera que no había sido para tanto, hasta el gesto compasivo de la empleada del librero que me dio un vaso con jugo, sólo empeoraban las cosas.

La mujer echó unas gotas de la petaca en su vaso de jugo. Aníbal Borderau me ofreció unos libros para que mirara. Eran libros sobre cine con los que, pensé, quería distraerme. Ser el blanco de sus miradas no me complacía y hacía esfuerzos inútiles para calmarme. Inútiles.

La empleada empezó a barrer. La tarima, el espacio entre las sillas, como si en verdad ahí se hubiera congregado un grupo numeroso. No levantaba la mirada del suelo y volvió a dejarnos solos. Aníbal Borderau se ofreció a acompañarme a tomar un taxi. Seguí callada. Así me evitaba decirle que no tenía plata para tomar ninguno. La mujer me decía, imperativa, que yo era muy susceptible y tendría que admitirlo. Con tal de que se callara, le habría dado el gusto. Solamente tenía que dejar el vasito de plástico en la mesa, sonreír y retirarme prometiendo asistir a la próxima reunión aunque no pensaba volver. Pero no tuve tiempo. Porque entonces fuimos uno. Al menos, eso le habrá parecido al viejo que entró, empapado, en el salón, disculpándose por la demora e imputando la tardanza a la lluvia. Una enfermera lo llevaba del brazo.

–Leímos en el diario el anuncio de apertura del club y nos vinimos corriendo –dijo el viejo–; aunque correr es un concepto un poco limitado en mi caso.

A su lado, la enfermera, solícita, sonreía.

–¿Ya terminó la conferencia? –preguntó el viejo, decepcionado.

Aníbal Borderau asintió. El viejo aceptó un vaso de jugo. La mano

le temblaba como un sismo concentrado. La norteamericana anunció que debía marcharse y el viejo la miró. La miró.

La mujer dejó el club con paso vacilante. Apenas escuchó al viejo que gritaba:

–*It's you?*

No puedo repetir la maldición que la mujer gritó antes de cerrar la puerta.

–Era ella –le dijo el viejo a su enfermera–. Era ella.

Por toda respuesta, la enfermera extrajo un estetoscopio de su cartera y comenzó a arremangar la camisa del viejo. El viejo repetía la frase y se negaba a que le tomaran la presión.

–¿Quién? –dijimos Aníbal Borderau y yo al mismo tiempo.

–Ella –repitió.

–¿Brenda Meyer? –pregunté–. ¿Será posible? Aníbal Borderau negó, con su cabeza, redonda y pesada, y un gesto conocedor.

–¿Y cómo puede estar seguro? –le dije–. Era norteamericana. Sabía mucho sobre Brenda Meyer. Brenda Meyer, de estar viva, ya debe tener sus años, pudo haberse teñido el pelo.

–La hubiera reconocido –dijo Aníbal Borderau–. Ella tenía, o tiene, un aire inconfundible.

El viejo le dio la razón. Dijo:

–Estoy seguro.

–¿Pero quién es ella? –pregunté al filo de la exasperación.

–Una mujer que conozco –dijo–. No la veía hace más de veinte años.

La enfermera no necesitaba más datos para hacerse una composición de lugar. Como todas las enfermeras, tenía la habilidad de leer los pensamientos.

Me miró.

–El señor es soltero— me dijo.

–Estaba enferma de celos. Celos de Brenda Meyer, por supuesto –dijo el viejo, mirando a la enfermera–. Llegó a imitarla casi a la perfección. Veía sus películas una y mil veces conmigo. Pero no pudo soportarlo. Un día desapareció. Y, sin embargo, eso fue lo más parecido a Brenda Meyer que yo le haya visto.

Dije:

–Muchas gracias por todo, señor Borderau. –Y al viejo–: Buena suerte.

Brenda Meyer no lo hubiera mirado al decirle algo así. Yo tampoco. Aunque tuve que pararme a su lado, a petición de Borderau, para posar en la foto de la primera reunión del Brenda Meyer Club. La empleada del librero nos pidió que nos juntáramos, así entrábamos en cuadro. Borderau, una servidora, el viejo y su enfermera. Apenas clic y quedé libre para desandar la avenida y seguir caminando hasta mi casa. El nuevo afiche del Brenda Meyer Club tendría impresa esa fotografía, me aseguró Aníbal Borderau, quizá con la intención de asegurarse de que yo volviera. Y en esa foto estaríamos todos menos ella. Me refiero a Brenda Meyer, por supuesto.

Luminoso contrafrente

Era un hotel tres estrellas. Alfombra azul de entrada. Ceniceros de metal con iniciales en la arena. Ascensores macizos y veloces. La escalera era recta y funcional, sin pretensiones, y tenía una baranda plana de bronce. El personal no era muy personal que digamos, con excepción del chico que barría con un escobillón el piso de mármol. Como las olas barría, una y otra vez, y cuando alguien se cruzaba en su camino hacía un esquive muy llamativo, apoyándose en el palo del escobillón como si fuera Fred Astaire. Saludaba, con un saque de cabeza, a la señora que cuidaba el baño, que llamaban toilette, y que tenía esa cara de reina del imperio de la nada. Del concierge no puedo decir mucho: su voz sonaba neutral y amable por teléfono. El ascensorista estaba pasado de años pero conocía su oficio. A unos pasos, detrás del escritorio que decía «Información al Turista», una chica sonriente suministraba datos, además de ofrecer visitas guiadas, desplegando folletos con gestos veloces, estudiados para ocultar, con éxito al principio, que le faltaba el pulgar de la mano derecha. Cada tanto, el encargado de mantenimiento cruzaba el lobby, vestido con ropa de fajina, los puños apretados.

Desde casa, al abrir la ventana, yo veía los techos variados de la iglesia y las ventanas internas del hotel. Es decir que a ese hotel lo conocía del derecho –como todos– y del revés porque compartíamos nuestros luminosos contrafrentes y el amplio pulmón de manzana.

Desde mi ventana se veía, en realidad, el aspecto menos luminoso del hotel. A veces prefería bajar las persianas. Aunque la distancia era grande, la visión era muy nítida y yo entornaba los ojos instintivamente. De noche, el reflejo de la luna iluminaba en foco el contrafrente, mezcla de las luces de la calle y de la luz del aire. Y entonces se veía todo muy bien.

Visto desde mi ventana el hotel era una ruina. Goterones oscuros que se lavaban piso a piso. Mucha paloma. Los toldos estaban a la miseria. Había alguna que otra persiana rota. Parecía que había sucedido una desgracia, de esas tan malas que después no dan ganas de arreglar las cosas para que parezcan mejores, porque

desmoralizan. Y a lo mejor había pasado simple, irreversiblemente, el tiempo.

Las cosas que habré visto, las que me perdí –pero imagino–, las de siempre, también las mujeres limpiando, vestidas de negro con puntillas blancas y una aspiradora que parecía un bongó tirado de un cable. Una vez vi al encargado de mantenimiento arriesgando su vida en una de las ventanas. Bajó sentado sobre una tabla que piloteaba un botones desde la azotea. Primero pensé que iba a caerse, después que el botones podría aflojar la soga en un descuido, y dejé de mirar. Pero me imaginé que el botones lo habría subido con cuidado y que el encargado de mantenimiento habría llegado a la azotea, se había sacado el arnés y había bajado tranquilamente a reportar en recepción que la misión estaba cumplida.

Una tarde después de almorzar, vi una mujer que peinaba una peluca frente a un espejo. Después, peluca en mano, caminó hasta el teléfono. Cada tanto, una pareja tirada en la cama, o una pareja leyendo en la cama. Había gente sin secretos. Señores solos, del género viajantes de comercio, que a la mañana temprano abrían las cortinas, agarraban el portafolio y salían de la habitación, barriéndola con una mirada como si dijeran: vuelvo a la noche, querida. Una tarde vi una mujer sentada cerca de la ventana, no hacía nada, estaba ahí, quieta, expectante. Y otra tarde vi a un hombre alto y flaco, de pelo ondulado, que le abría la puerta a un gigante rubio en mangas de camisa; los dos se trenzaron en una pelea que acabó con el rubio atenazando al flaco en el piso. Las figuritas de mi vista salían en plano americano si estaban cerca de la ventana y plano generalísimo cuando se alejaban. Y con el tiempo empezaron a parecerme extras que estaban ahí, una legión cambiante de personas con sus vidas de paso, cerca de la mía. La mía no era gran cosa; tampoco, entonces, su contexto. Podía hasta aburrirme. Nada justificaba ese espionaje decadente. Si me hubiera quebrado una pierna y hubiera estado confinada en casa, sentada en una silla sin otra cosa para hacer, por ejemplo, hubiera sido distinto. De tener una buena cámara para entrar en detalles, hubiera sacado fotos secretas por deporte, sin ánimo de extorsionar a nadie. Igual me compré en Pescalandia un par de largavistas aunque mucho no lo usaba porque me ponía bizca. No puedo decir que haya tenido el mismo problema cuando tentada por las circunstancias, me agencié un telescopio.

Y sin embargo, aunque a veces ya casi ni miraba, no era insensible al llamado de ciertas cosas que brillaban con luz propia en las otras ventanas. Así un día descubrí que el hotel se había quedado prácticamente sin huéspedes y ver una lámpara prendida en uno de

los cuartos se convirtió en una excepción.

Una noche en que, por culpa de la vida, me había tomado un Neurotónico Andrómaco, vi un cuarto que se llenaba de señores muy formales, otro al lado que se llenaba igual. Parecía una función de gala porque todos se sentaron mirando hacia adelante, atentos a un hombre que los enfrentaba con el brazo estirado, como si llamara un taxi. Los señores lo imitaron en formación sincronizada. No pude ver más porque de golpe en el hotel se cortó la luz.

Me imaginé el apuro del personal ante semejante contratiempo. En la recepción, el gerente estaría respondiendo preguntas retóricas y tratando de calmar a los huéspedes. Después mi preocupación se hizo boomerang y se cortó la luz en tres manzanas. La mía entre ellas. Tardé un poco en reaccionar, confundida por la sorpresa y el neurotónico.

En el piso poblado de señores con trajes oscuros y el pelo cortado al rape, se prendieron unas velas. Algún desubicado gritó se cortó la luz. Se oía el clap de los incrédulos que insistían con las perillas. Lloró un bebé, ladró un perro. Alguien tocaba la alarma de un ascensor. Parte del personal del hotel se había reunido en el patio con una linterna. El encargado de mantenimiento estaría en lo suyo. Cuando volvió la luz, todo volvió, con ella, a la normalidad y, pisos más arriba, la reunión se había terminado.

Salvo por ciertos detalles sin importancia –las mesas de comida sobre ruedas, un día la habitación tenía las ventanas abiertas y estaba vacía, otra vez un valet entraba y salía llevando perchas con fundas de la tintorería–, no hubo grandes novedades en el piso de enfrente durante varios días.

Pero a la semana vi al encargado de mantenimiento acomodando sillas. Y al rato llegaron los invitados de traje azul. Al tren de cuartos en el mismo piso se habían sumado dos vagones. El hombrecito se subió a una tarima improvisada. Levantó el brazo y todos lo imitaron. Su mano planeaba, sorteaba pozos de aire, bajaba en picada. Los señores miraban hipnotizados los signos de ese insólito lenguaje de señas, más elocuente, al parecer, que lo que el hombrecito les decía. Después la mano dejó de moverse y levantaron la reunión. El hombrecito se asomó a la ventana. Y aunque no podría asegurar que me vio, cerré las cortinas.

Una tarde coincidí en la farmacia con el chico que barría el piso del hotel. De perfil se parecía como siempre a Fred Astaire pero también a la cabeza del busto de Geniol. Le dijo al farmacéutico que en el hotel estaban despidiendo a algunos empleados. Apretaba su gorrita de

marinero con la mano y ni bien le dieron el paquete, giró sobre sus talones y se fue dando saltitos. Lo seguí. A menos de dos cuadras, la pastelería del hotel ofrecía té y sus famosas Selva Negra, *Apfeltorte* y *Apfelstrudel*. Un grupo de señoras tomaba de Marías y picaba con sus uñas de gallina en el *triolé*. Pedí un café, como siempre, pero esa vez no me entretuve leyendo y miré un poco. Las fotos enmarcadas con paisajes de montaña. Las copas que colgaban boca abajo en el techo de la barra. Los estantes de botellas panzonas. El fanal transparente que cubría las tortas. Hasta hubiera creído que estaba en Bariloche o Córdoba.

A mi lado, en una mesa, dos señores discutían. Apenas le prestaban atención al mozo que, solícito, los rodeaba y servía agua. El chico que barría el piso entró en el bar y les acercó un sobre. Se pusieron de pie. Los oí hablar en otro idioma. Le dieron propina al chico y tomaron el ascensor.

Ya en casa, me dispuse a vigilar desde mi puesto. Para espiar las ventanas del hotel que estaban en el séptimo, a mi altura. Abrí el estuche de Pescalandia, y bizca y todo enfoqué. Y vi.

En el hotel, el hombrecito acariciaba un ovejero negro mientras conversaba con los señores que yo había visto hacía un rato en la confitería. Y pisos más abajo había una mujer joven parada dándose una ducha. Se pasaba, distraida, el jabón por todo el cuerpo mientas una vieja con rodete entraba en el baño. Cuando miré nuevamente el séptimo piso, el hombrecito de pelo negro gesticulaba, alzaba los brazos, se quedaba quieto como una estatua y giraba la cabeza para un lado y para el otro. Los hombres se habían ido. Estaba hablando solo y el perro descansaba, resignado, en un rincón.

En esos días, me ardían los ojos de tanto mirar. En la farmacia me recetaban colirio, agua destilada, lágrimas artificiales. De tanto enfocar, a veces los párpados me temblaban, y aunque cerraba los ojos con fuerza el latido seguía, como si tuviera un animal asustado en la cabeza. Con mi telescopio holandés se veían los cráteres de la luna, el contorno exacto de las hojas de una azalea en un balconcito de abajo y la sombrilla blanca que habían abierto hacía poco en el patio, donde un chico daba vueltas con su triciclo. Si tenía paciencia y buena suerte, pescaba al encargado de mantenimiento bajando, sí y no, las escaleras. También veía al hombrecito de enfrente que se paseaba con el perro por la habitación.

Al tiempo, el séptimo piso del hotel fue sometido a reformas, entraba y salía gente, cambiaron las cortinas, había un ejército veloz de albañiles y pintores, electricistas y plomeros. El encargado de

mantenimiento aparecía cada tanto, echaba una mirada, asentía, o se rascaba apenas la frente antes de chasquear los dedos y arrodillarse para resolver algo o impartir directivas. Del séptimo, enseguida, fue el contagio. Y todo el hotel estaba siendo renovado.

A la noche mi película preferida estaba enfrente, se rodaba en directo desde la ventana de otro piso: un hombre y una mujer en una habitación, se acostaban juntos, se levantaban por turnos, hablaban por teléfono, prendían la televisión y hacían juegos inconscientes con las luces. Yo miraba la hora y miraba alrededor: el sillón, la ropa tirada, un vaso de agua, libros leídos a medias, secuelas de las vueltas circulares de la noche. El hombrecito del séptimo piso del hotel tampoco dormía bien. En otra ventana, una vieja sentada en su silla de ruedas estaba tan quieta que parecía pintada.

El hombre del séptimo siempre hablaba solo. En sus filípicas solitarias, se asomaba a la ventana, miraba el amplio pulmón de manzana, el luminoso contrafrente, y saludaba aunque abajo no había nadie.Yo al principio me escondía entre las cortinas. Apuntaba con el telescopio hacia mi inmenso *peepbox.* Después dejé de esconderme, segura de que nadie me veía y de que nadie, sobre todo, me prestaba atención.

La renovación del hotel había traído nuevos huéspedes. Una tarde conté las ventanas de los cuartos que estaban ocupados y me perdía al hacer el cálculo. La gente iba y venía con sus costumbres e intenciones. En el séptimo piso, el hombrecito se paseaba, enjaulado, por su cuarto. Algunos días ni siquiera levantaba las persianas pero la luz de la lámpara se filtraba entre las tablas de madera y las sombras recortadas de adentro se movían. Al hombre le gustaba pintar. Parado frente a un atril, se acercaba y alejaba, daba una pincelada acá y la otra allá. A veces, en cambio, le daba un ataque y las pinceladas se convertían en un berrinche que terminaba con el cuadro y el atril en el piso.

El farmacéutico me comentó, al tiempo, que habían despedido al ascensorista del hotel. Fui a comprobarlo personalmente.

El veterano de toda la vida ya no estaba. En su reemplazo habían contratado un chico, alto y fuerte, que todavía se pasaba entre frenada y arranque. En el mostrador de información al turista ya no estaba la chica de siempre y ahora atendía una mujer de facciones tirantes que se las arreglaba para sonsacar los nombres y señas de todos los que entraban. El encargado de mantenimiento estaba muy apurado, como de costumbre. La mujer de «Información al Turista» ponía a prueba la paciencia de unos recién llegados. Por mirarla, estuve a punto de

tropezarme con el chico que barría el lobby. Pero él hizo un esquive muy llamativo, apoyándose en el palo del escobillón. Después saludó con un saque de cabeza a la señora que cuidaba el baño, al que llamamos toilette.

Lo de Boggie

Mi escritorio era el cuarto más chico de la casa y, quizá por la misma razón, el más poblado. Había libros por todos lados. Era un mundo reducido y personal, gravado entonces por las leyes que rigen los planetas. Había derrumbes: el día en que saqué de un tirón el primer tomo de Moby Dick, se cayeron otros libros que estaban apoyados encima. Maremotos: cada tanto volcaba la taza de café sobre una página. Eclipses: a veces, por falta de espacio, un libro iba al fondo del estante y uno nuevo tomaba su puesto – como en las librerías de usado–. Ruinas sumergidas: cuando sacaba uno del estante veía el lomo del otro, postergado, al fondo. Movimientos de masas: hice pilas con libros que no me gustaban. En vez de tirarlos o quemarlos, se los pasaba a alguien, diciendo que eran originales –que era, después de todo, una forma de quemarlos–. Pestes: muchas. Plagas: la humedad imprimía nubes grises y a veces ablandaba las tapas. Sequías: el polvo se juntaba entre los libros pero como no me gustan los plumeros me resignaba a que algunos se secaran y las hojas se quebraran al pasarlas. Cada tanto le daba unos pesos a Regina, la mujer de Paredes, el portero, que se encerraba unas horas y después se iba con la sonrisa cansada de quien cumplió con su deber. Eso me hacía sospechar y la sospecha me llevaba de una corrida al escritorio.

Regina y su buena voluntad eran agentes enemigos. Como el día en que ordenó los libros de menor a mayor, en formación de escuela.

Al igual que la mayoría de los mundos, el mío tenía sus miserias. Qué era eso de empeñarme en no pintar ese cuarto si pintaba el resto de la casa, me decía, preocupada, mi hermana. Enfermedades: con leer mi biblioteca cualquiera se enteraba –hablo de leer solamente los títulos– de con quién estaba hablando. Y milagros: todos conocen esa felicidad que salta en resorte al descubrir entre los libros una foto que es la película completa de la vida. Cartas. Más cartas. Y sus creencias: las bibliotecas son ideologías –con sus contradicciones–. Y finalmente una población. Mi perro Orson como ciudadano residente. Yo siempre en misión diplomática. A mí lo que me gustaba era entrar y

salir.

La correa de cuero negro de Orson está colgada de un clavo en la pared. Es una correa sobria, con calle. Cuando empecé a escribir y me mudé, dentro de casa, al escritorio –tuve mudanzas de cabotaje al cuarto de mi hermana, al de servicio, al comedor–, Orson se mudó conmigo y mis ganas de escribir. Después empecé a pasar menos tiempo en el escritorio, porque escribía todo el día, en todos lados. No necesariamente ahí.

En el planeta, y entre sus habitantes, había también usos y costumbres. Un día descubrí a Orson sentado sobre sus patas traseras, a mi lado, mientras yo leía, y le acaricié la cabeza. Al final me acostumbré a escribir con la mano derecha y a acariciarlo todo el tiempo con la izquierda, salvo cuando era verano y tenía que usar la mano libre para apoyar la última página en el piso para que las hojas no se volaran con el ventilador. Un día se quedó dormido. Y ese momento, como de hamaca vacía, fue una premonición de lo triste que iba a ser todo cuando Orson no estuviera más conmigo. Me dieron ganas de llorar y a la noche le cociné una comida especial.

A veces los libros se me venían encima. Es que ya los ponía en cualquier parte con tal de no embarcarme en tratar de ubicar uno en su lugar dentro del orden alfabético, pasar el último de ese estante a otro estante para hacerle lugar y así sucesivamente. Era eterno.

En la silla, está el suéter de Orson, tejido por Regina. Aunque se quejaba cuando Orson se mandaba alguna de las suyas, lo quería. El suéter es bastante feo. Y le quedaba un poco apretado. Pero ella se lo había tejido con cariño.
Una tarde tocó el timbre, dijo que tenía una sorpresa:

–Para el Orson.

Y aunque no se dice El Orson, yo me puse contenta. Sonaba como cuando alguien hablaba de El Greco.

Ese suéter, que no tenía forma definida, ahora tiene la forma de mi perro. Con el tiempo, está menos colorado. Los bordes amarillos se destiñeron. Y los flecos que se hicieron cuando se saltaron los puntos no quedan mal, al contrario. Si al principio fue una lucha enfundarlo en el suéter, después era mucho más difícil sacárselo de debajo de la cabeza cuando dormía usándolo de almohada.

Todo el borde inferior del espejo tiene esa aureola. Se paraba enfrente pero sin mirarse. Resoplando una y otra vez. Como hacía con todo.

Menos al comer. Ese es su plato de agua. Dice Boggie en vez de

Orson pero era el único que tenían en la veterinaria, alguien lo había encargado y no había ido a retirarlo. Me costaba el doble mandar a hacer uno nuevo que dijera Orson y éste estaba en rebaja. Y como Orson no sabía leer, se lo compré igual y terminó tomando agua en un plato que decía Boggie pero que era suyo. Yo en cambio estampaba mi firma en la primera página de cada libro que compraba. Los millonarios con sus cheques; yo, con mis libros.

Cuando empecé a escribir en todos lados, pasaba menos tiempo con Orson, que insistía en el escritorio. Él se fue quedando en el escritorio porque los perros son como las personas abnegadas: saben esperar en el lugar adonde el otro va a volver. Y yo volvía siempre a mi escritorio, o para apilar los libros nuevos, o para buscar algo o para tirar sobre la mesa las tres últimas páginas de una historia que nunca pude terminar. Y a la noche. Y por la noche.

Me da culpa con la noche si no cumplo una mínima ronda antes de irme a dormir. No sé cómo explicarlo pero sé que les pasa a muchos. Entonces daba un par de vueltas, y siempre terminaba ahí, que ya era una especie de depósito, ahora también de paraguas olvidados –tenía dos de mi hermana–, algunos juguetes de repuesto para el hijo de un amigo, recortes de diarios, las cosas de mi perro, y mi perro. Cuando entraba, el otro se acercaba y se sentaba a mi lado, dormido pero con buena disposición.

Una tarde llegué, contenta, a casa. Me gustaba oír el ruido que hacía con el llavero y apoyé, como siempre, la cartera en la mesa de la entrada. Pero Orson no vino a galope forzado como siempre. Oí la voz de Regina, que imitaba al mismo tiempo a una vieja y a un bebé. Entré al escritorio. El plumero estaba apoyado contra la pared y Regina le insistía a Orson, que no se hacía rogar, para que terminara con el resto del guiso que le había traído a escondidas. Al oírme entrar, el perro se dio vuelta. No puedo decir lo mismo de Regina.

–Regina –dije. Miró su relojito.

A veces también me dejaba algo para mí en la cocina. Le regalé libros con recetas, que no probaba nunca.

–Yo no creo en las recetas –decía, abanicándose con una revista.

A veces jugábamos con una rama que encontraba por ahí. La tiraba. La traía. Una tarde la agarró entre los dientes, la llevó hasta la sombra de un árbol y después vino caminando y me miró. Pero yo no cambié las reglas y no fui a buscarla. Hice como que nos íbamos y pasamos al lado de la rama.
La levanté. Orson empezó a mover la cola. Seguimos caminando.

Regina estaba pasando el plumero cuando una tarde mi hermana vino a visitarme. Quiso saludarla y la llevé hasta el escritorio. Ni bien entró, negó con la cabeza.

–Este cuarto es como el resumen de tu vida–me dijo–. ¿No sería todo más fácil si estuviera más ordenado?

Plumero en mano, Regina, la mujer del portero, asintió.

Una mañana, al despertarme, me costó reconocer mi propia habitación. En la mesa de luz había una pila de libros. Otra pila se había formado sola sobre la mesa del teléfono. Había dos libros sobre la televisión. Tres, en el estante del mueble donde tenía la radio. Eso me dio una idea y fue el inicio del programa de expansión. No pasó mucho tiempo antes de que la casa entera se convirtiera en un escritorio, un complejo de libros abarcándolo todo.

–Cuando hablaba de orden, no me refería a esto –dijo mi hermana–. Esto no es orden, es uniformidad.

Le alcancé una novela policial para que apoyara la taza de té. De alguna manera se las arreglaba siempre para dejar marcas en todos lados.

Orson comía en la cocina mientras yo cocinaba. Mientras yo guardaba en la heladera lo que había comprado en la rotisería para comer. Y después se sentaba a mi lado mientras yo comía, con la esperanza de ligar alguna sobra.

Al año, un perro tiene, dicen, siete años humanos. A los diez años, el perro tiene setenta años humanos. Los huesos. Y a los quince y con esa cara, estaba Orson. En tiempos humanos, un perro de ciento cinco años. Matusalén.

La cadena está doblada sobre la mesa que era mi escritorio, la que cubre con su tapa el lugar en donde Orson dormía algunas veces a la mañana. En el piso, la manta escocesa que era mía y ahora parece una auténtica alfombra de perro.

Al lado de la cadena está su credencial. Una medalla plateada con su nombre y mi teléfono y dirección. Está abollada a un lado, no me acuerdo de cómo ni cuándo fue. Y una de las patas de la mesa está flaqueando. Orson se apoyaba a veces contra ella cuando montaba guardia por horas. Con el tiempo, se fue venciendo pero eso no le molestaba. Orson conservaba un digno equilibrio. Como él, la mesa se inclinaba lentamente en su camino hacia la falsa escuadra.

El escritorio, pensé, podía transformarse en el cuarto propio de Orson, era como reconocer a un hijo. Desde ese día me refería al cuarto en esos términos. Y este es el cuarto de Orson, comentaba

mientras abría la puerta si algún invitado me pedía que le mostrara la casa.

Todo cambió la mañana en que al despertarme lo encontré todavía dormido sobre la manta, cuando siempre me despertaba y lo primero que veía era su cara de ancha categoría. Durmió y siguió de largo. Regina quiso acompañarme al cementerio de animales y ahí fuimos. Me miró sorprendida cuando llevaron la caja de cartón y la depositaron bajo la placa de mármol que decía Boggie. Pero debe haberse acordado del plato de agua porque dijo:

–Pobre el Boggie.

No dije nada, me quedé hasta que cubrieron el pozo con tierra y unos terrones de césped. Regina se tapaba la boca con la mano. Los cuidadores del cementerio se alejaron en puntas de pie y nosotras también.

Mi escritorio era el cuarto más chico de la casa y ahora es el más grande porque es la casa entera. Regina se instala por horas y recorre las paredes, levanta nubes de polvo y abre las ventanas, descorre las páginas y forma pilas con criterios que no puedo descifrar.

El escritorio original volvió a ser el escritorio. Es el único lugar de la casa en que puedo sentarme con toda comodidad a escribir con la mano derecha, y la izquierda meciendo una cuna que no existe. Todo sigue intacto. Casi siempre escribo aquí. Como una persona abnegada, vuelvo al lugar de donde vengo. Escribo sobre Boggie.

Las hermanas Mc Lean

Cuando las hermanas Mc Lean se mudaron al edificio, ya pensaban que los hombres tenían una idea fija, un interés central y excluyente, que era eso que ellas llamaban eso. Siempre decían los hombres piensan en eso, y asentían, conocedoras y sonrientes. Gente madura. Entre las dos sumaban una edad en que la idea del suicidio parece cosa de impacientes y optimistas. Es que las hermanas Mc Lean eran varias cosas a la vez. Cada una por su lado, cada tanto. Ahí tenemos a Stella Mc Lean a la izquierda de Laura Mc Lean –a su derecha–. Podría decirse que juntas, cobraban un sentido. Como un vestido blanco y negro. Separadas, cobraban otro. Como un vestido blanco y otro negro. También que conocían otro más cuando se las veía hacer la misma cosa pero por su cuenta. Stella en la farmacia un lunes a la tarde y Laura en la misma farmacia el martes, por ejemplo. Ying-yang. Allí eran directamente complementarias, muy dependientes –no podía mirarse a una sin recordar a la otra y compararlas–. Cuando discutían, se parecían más, como un vestido negro y otro negro o al contrario. Y cuando no se dirigían la palabra eran directamente una misma persona desnuda, por más de que hicieran muecas para distraer a los mirones. Como eran, a su modo, pudorosas, hacían lo que podían para no discutir.

No era fácil. Era así. A Stella le gustaban los suéters marca Bremer. Y a Laura también. Stella había querido mucho a sus padres. Y Laura también. Las dos eran fervientes fans de Vivian Leigh. Stella había recibido en herencia de sus padres un pasaje de primera a todos lados. Su fortuna igualaba la que había recibido Laura. Y así con todo. Libros y películas y películas y libros –no eran lo que se dice un par de chicas divertidas–. Pero ellas la pasaban bien. Los mismos restaurantes. El mismo corte de pelo. Lo bueno era que a cada una, por su lado, le encantaba ver feliz a la otra. Entonces se complacían y cuidaban con una dedicación y naturalidad envidiables. Cada tanto, alguna de las dos se daba cuenta de que para poder hacer feliz a la otra necesitaba, como lógica condición, que su hermana no fuera del todo feliz. Y empezaban las complicaciones. Pero se entendían bien y tenían los mismos gustos. Hasta que a las dos tuvo que gustarles el

señor Moledo. En eso sí que fueron poco originales porque ese señor les gustaba, en realidad, a todas.

–Pobre hombre –se decían las mujeres al mirarlo. Era que tanto éxito le daba un aspecto de mártir que era, al mismo tiempo, muy seductor.

–No deja títere con cabeza –escuché un día que comentaba Paredes con otro portero.

Los títeres tienen hilos que se enredan a veces. Y creo que eso fue lo que pasó. Fácil para nadie.

Dime con quién andas y te diré quién eres. Algo difícil de responder en el caso de ellas. O juntas o separadas pero solamente eso. Si alguna decía, por ejemplo, «Fuimos al cine», eso quería decir que había ido con la hermana.

No había nada que aclarar y no había forma de confundirse. O Stella. O Laura. O las dos juntas. De ahí que resultara extraño que se arreglaran con tanto cuidado. Que se vistieran como para ir a una fiesta y terminaran sentadas leyendo al detalle el menú del Dora, para después comer la misma comida –no se ponían de acuerdo pero lo estaban–. Pagaban cada una su parte de la cuenta y se volvían, a veces por el túnel que las llevaba hasta el restaurant de un hotel. Es que ellas eran muy competitivas. De chicas habían protagonizado un episodio alarmante al pelearse por un muñeco. Ahora Stella se compraba ropa nueva en secreto y se la ponía para provocar a Laura, que se había comprado algo muy parecido también para sorprenderla. Entonces Stella corría a maquillarse y Laura la empataba. Pero Laura volvía con una gargantilla y Stella doblada la apuesta agregando algún anillo. Que Laura vencía con un broche y Stella combinaba con una pulsera. La artillería pesada. Los guantes salían de los cajones como conejos de la galera. Ahora, una vez vestidas, por qué no salir. Cada una con su vida. La otra siempre se copiaba.

En la mesa que está debajo de la letra a de Dora, se sentaba siempre el señor Moledo, que vivía a menos de dos cuadras del edificio. Comía salmón a la parrilla y leía cosas que evidentemente no le interesaban. Tenía una novia que cada tanto entraba en el restaurante y le hacía un escándalo. Una noche, al verla entrar, el señor Moledo se atrincheró en el baño y no salió hasta las 12. El mozo fue un par de veces al baño con un balde de hielo y una botella en una bandeja chata y plateada. Cuando el señor Moledo salió, la novia lo asaltó por sorpresa. Cuando él se acercó celebrando eso que llamó una casualidad, ella le dijo algo horrible al oído y todos se dieron cuenta porque el señor Moledo se tapó la cara con la servilleta y su

novia se puso a llorar. Y no volvió. La gente trata de no volver a los lugares donde lloró, son como la escena del crimen.

Laura Mc Lean vio todo. También Stella. En el espejo colgado de la pared se parecían tanto que eran indistinguibles. Será por eso que cuando lo esperaron a la salida del restaurante y lo encararon, el señor Moledo parpadeó porque le parecía que estaba viendo doble. Y eso que ellas no tenían la misma edad. Stella era la mayor. Había nacido tres minutos antes. Los hermanos mayores tienen sus prerrogativas y entonces Stella tomó la delantera. Así:

–¿Qué tal? Me llamo Stella Mc Lean.

–Y yo soy Laura.

La vida, debe haber pensado el señor Moledo, tiene sus reveses y compensaciones. Por una que lo había abandonado, llegaban dos que no estaban nada mal y que no parecían del tipo de abandonar el campo de batalla, siendo evidente que estaban en guerra. La vanidad de los despechados. Salía con una y después con la otra. Hablaba dos veces de los mismos libros y las mismas películas, de la hermana de la otra, de él mismo y de la ecuanimidad de sus sentimientos, de las cosas que decían, de los mismos problemas con la humedad de la biblioteca –vivían juntas, en el 7° C–. Hasta en los momentos de entrega absoluta la cosa tenía dos caras. Porque al entregarse toda, una daba la otra. Porque algo era innegable. Y era que ellas se querían. Y eran gente generosa.

–Me contó Laura lo que hicieron anoche –decía Stella–. Lo siento, no puedo quedarme atrás–agregaba, acto seguido.

Fue entonces cuando empezó a decirse que el señor Moledo se había transformado en un gigoló. Pero lo que pasó es que Stella y Laura habían descubierto un nuevo modo de pelearse: los regalos al señor Moledo. Para dar una idea, a dos meses de romance tripartito, Stella le regaló un coche que parecía una nave espacial y Laura le regaló un barco que se llamaba Laura. Encargaron tres alianzas de platino en la casa Ricciardi, porque en los detalles eran muy ahorrativos. Y Stella ya averiguaba a cuánto estaban las islas del Tigre. El guardarropas del señor Moledo se amplió y cada semana parecía un desfile de sí mismo. Había que verlo los días en que salían a navegar. Iban en el coche que le había regalado Stella hasta el embarcadero con la amarra del barco que le había regalado Laura, y que se llamaba Laura, para llegar a la isla que le había regalado Stella, como su nombre lo indicaba. Y el proyecto –si es que la cosa tenía algún futuro– se fue a pique en uno de esos viajes. Las hermanas Mc Lean se fundieron. Y el señor Moledo, ni hablemos. En

un acto de soberana malicia, Stella había puesto sus regalos para Moledo a nombre de Laura, que era a quien iba a heredar en caso de tener la suerte de sobrevivirla. Y Laura había hecho lo mismo. Así que cuando las cosas no dieron para más, al menos las hermanas Mc Lean gozaron de unos meses de deriva apacible mientras remataban el coche, el barco, la isla, todo, y hacían agua, sentadas cada noche en la misma mesa del Dora.

Cuando las cosas empiezan mal, pensó cada uno de los tres la misma noche, es seguro que terminan. El señor Moledo miraba las dos fotos: Stella y Laura. Ellas dos miraban otras dos: él y él. Dejó de ir al Dora. Dejó de caminar la cuadra. De atender el teléfono. De abrir los sobres. De contestar el portero eléctrico. De ir al trabajo para evitar la llegada de las hermanas, o de cualquiera de las dos, que parecían muy hábiles y experimentadas en el deporte de avergonzarlo delante de sus amigos. De salir a las horas habituales. Hasta dejó de dormir.

–Polleras –decía Paredes, mientras las Mc Lean avanzaban con sus polleras interesantes hacia la calle. Y al ver al pálido señor Moledo también se decía lo mismo.

Una tragedia griega en Buenos Aires. Los tres miraban las fotos. El señor Moledo suspiró antes de emborracharse. Stella, en cambio, prefirió desquitarse de tanta frustración y le clavó a la foto la punta de un alfiler. Al rato Laura hacía lo mismo en la suya pero con una aguja y en menos de media hora ya habían terminado con él.

Entre las hermanas Mc Lean había, al tiempo, una distancia insalvable. Ya que les gustaba lo mismo, compartían, sin mayor entusiasmo, la comida que ordenaban en el Dora.

¿Para qué comprar dos veces la misma ropa? Podían prestarse las cosas, por qué no. A veces porque no querían. Pero a veces cuando no se dirigían la palabra y se parecían como perfiles de una misma cara, no podían evitar que el rencor tomara el mando de la tarde y lo arruinara todo. Eso no era para ellas. Ellas habían querido ser felices. Entonces Laura le dijo a Stella que se mudaba a otro edificio y Stella se dio cuenta de que la única manera de no perder esa última batalla era aceptar. Cuando Laura se fue, Stella tuvo un mal presentimiento. La soga de la persiana se cortó y pegó de filo contra el marco. A Paredes le llevó un buen tiempo repararla.

A veces Laura visita a Stella y si salen juntas siguen tan parecidas como cuando no podían separarse. Laura tiene una hija, que es idéntica a ella–y a Stella, qué remedio–. Se llama Vivian, Vivian Moledo. Stella vive en el 7° C. Insiste en una digna bancarrota. Y al igual que su hermana se mantiene a flote. Siempre da la impresión de

que espía por todas partes. Es una buena persona. Tiene un perro con cara de pocos amigos, que se llama Orson.

Posfacio de la autora

Cuando alguien dice París se ve la Torre Eiffel, igual que en las películas. Río es el Corcovado. Roma es el Coliseo. Son las imágenes de las ciudades, inseparables de sus nombres. Pero cuando alguien dice Buenos Aires, yo no veo el Obelisco, veo el Kavanagh.

Lo veo como cuando era chica y lo miraba hipnotizada desde la plaza. La ciudad cambió mucho desde entonces pero el Kavanagh sigue siendo insuperable. Parece que se levantara solo en una loma, en pleno centro. Lo inauguraron hace ochenta años y todavía es moderno. Mirarlo es como concentrar la vista en un barco: la ciudad se mueve un poco, como el agua alrededor.

Un día empecé a imaginarlo por escrito: las paredes de hormigón, el conmutador de planta baja, el túnel que lo conectaba con el hotel de al lado, el jardín que se ve en picada, con un árbol, sí, un árbol de ramas japonesas contra el cielo. El edificio de este libro es ese Kavanagh imaginado durante años. A veces al escribir me sorprendía repitiendo los gestos de mi abuelo arquitecto, que curiosamente no recuerdo frente a un tablero sino anotando ideas en su máquina de escribir o en un cuaderno.

Leonardo Barujel me contó que cuando su padre llegó a Buenos Aires en tren vio el Kavanagh desde la estación de Retiro y se dijo: quiero vivir ahí.

Me lo contó poco después de que su padre muriera en el Kavanagh. Sabía por Celia, su mujer, que yo quería conocer el edificio. Estábamos los tres en la azotea. Era un día de lluvia y había viento. Se veían la ciudad, el puerto y la estación desdibujados por la niebla. Fue raro entrar finalmente a ese lugar que había habitado a ciegas con la imaginación. De todas formas, ganaba el sentimiento extraño de volver a casa.

En su cuento “Constructores”, Richard Yates dice que una historia es una casa, con cimientos y ventanas y todo. Siempre me gustó esa idea de un texto como un lugar para vivir. El cuento de Yates forma parte del libro *Once tipos de soledad*, que tuve la suerte de traducir

mientras escribía los once cuentos de este libro.

Después de muchos años, la historia se repite. Por pura coincidencia se reeditan los dos libros prácticamente a la vez, y me encontré revisando la traducción del libro de Yates mientras releía y revisaba los cuentos de Kavanagh. La coincidencia funcionó como una máquina del tiempo. Al principio, pensé que no iba a revisar los cuentos. Pero finalmente hice algunas enmiendas, sin contrariar demasiado —espero— al genio del lugar.

Lo raro de las coincidencias es que nunca vienen solas. Un día surge una y enseguida vienen las demás. De golpe nos damos cuenta de que vivimos en un mundo de excepción. Pero hasta en ese mundo hay casualidades más relevantes que otras. Sin ir más lejos, para revisar la traducción del libro de Yates y este libro, tuve que dejar por un rato una novela que había empezado a escribir hacía unos meses. Se trata de una mujer que vuelve a la casa en la que vivía cuando era chica, de lo que le pasa al entrar. Estaba justo en el momento en que la historia se ponía interesante. Pero creo que la interrupción valió la pena. Después de todo, llevada por las circunstancias, yo misma volví a un lugar en donde estuve hace tiempo. Y este libro ahora también habla de eso.

EC
2004-2018

Agradecimientos

A Isabel Trossero, Lucía Vasquez Mansilla, Nuria Kojusner, Alicia Martínez Pardíes, Angie Pradelli, Alejandro Rivera, Guillermo Saccomanno, Rodrigo Fresán, Valle y Giannina Cejas. A mi madre y mis hermanos. Como siempre a Ricardo, a Sofi, Nicolás y Lucía. A Guillermo Martínez. A Virginia Gallardo, Yair Magrino y Edgardo Scott.